

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLV San José, Costa Rica 1949 Sábado 15 de Octubre No. 21

Año XXX — No. 1096

Juana Manuela Gorriti

Por *B. GONZALEZ ARRILI*

(En *La Nación* de Buenos Aires. Junio 19 de 1949).

Dió vida a una serie de figuras que se desenvolvieron en tono heróico o en gris de humildad y resignación, conforme a modalidades de su época y a falsos mirajes literarios de romanticismo traducido y un tanto rancio en las largas travesías marinas. A pesar de ello, resultó una eximia narradora, una muy divulgada novelista y una admirada mujer por su lugar entre las primeras que aventuraron en América hispánica sus pasos por los caminos más que difíciles del relato novelesco. Y fué por esos caminos donde ganó su fama después de cosechar sus méritos, sin desentonar demasiado con ambientes sociales en que la mujer literata se asemejaba demasiado a esas novedades peligrosas que las buenas mamás de hace no más de cien años querían a cualquier precio alejar de los umbrales de sus casas, aun cuando no atinaran a explicarlo ni medianamente siquiera.

Venía de hogares patricios y toda su infancia pudo ser contada sin fantasear en envidiables ambientes de ciudades provincianas y campos rudos, con ruidos repetidos de sables y carabinas de las montoneras que defendían la libertad de la tierra natal y de las patrullas godas partidarias de los despotismos reales venidos de lejos. Sus evocaciones de Salta, donde naciera, encantaban a los espíritus más sutilmente impregnados de los restos dejados por la epopeya emancipadora no terminada aún. Los cerros de cien colores, los ríos secos o en torrente formidable, los valles lujosamente tapados de verdura, los jardines floridos, los amaneceres demorados en las profundidades de las quebradas, los atardeceres sonoros de silencio y de misterios, aparecían y reaparecían en su memoria inagotable. Las figuras que tomaban cuerpo y se movían en aquellos escenarios norteños estaban demasiado cerca suyo para dejar de transmitirles el calor de los grandes afectos, que a veces desfiguran, o el sacudón de las propias tragedias. Era hija de José Ignacio de Gorriti, hombre de pluma y espada, el guerrillero cuya historia llena páginas de un interés perdurable; era sobrina de Pachi Gorriti, valentón montonero como el otro, que defendió cada puerta de la quebrada de Humahuaca y peleó en cada ladera de sus cerros, en cada banda de sus ríos y en cada bocacalle de sus pueblos; y era sobrina también del doctor don Juan Ignacio, el presbítero filósofo, diputado, gobernador y maestro de escuela, cuya pluma trabajó segura y firme, como lo demuestran sus *Reflexiones*, en la formación de nuestra nacionalidad. Güemes, Pusch y todos sus hombres, más sus mujeres, sus madres y sus hijas, anduvieron durante su niñez rodeándola de sorpresas cada día y cada noche, anotando párrafos de un nuevo capítulo de la aun no escrita gran cruzada gaucha en defensa de la libertad.

Venía, pues, Juana Manuela preparada para narrar como testigo escenas ennoblecidas



Juana Manuela Gorriti

*

y poetizadas. Ella les dió de añadidura fantasioso despliegue de imaginación novelesca y complació así a las abundantes lectoras de su época, aquellas que eran aún capaces de dejar escapar una lágrima cuando lloraba su heroína y se quedaban horas enteras melancólicas y alicaídas cuando el episodio de amor que se leía dejaba de concidir con el final feliz imaginado. Es posible que no pueda citarse en las cátedras de literatura a la Gorriti como estilista, pues descuidó la forma y con frecuencia se vulgarizaba en la abundancia de su narración; ello no quiere decir que se la borre de nuestra breve historia de las letras, donde ya aparece "como el más raro temperamento de mujer, que ha producido la tierra argentina" (1).

Nació en la finca salteña de los Gorriti, en Horcones, el 15 de junio de 1819, y allí vió, durante sus primeros años, episodios inolvidables, que narró muchas veces y escribió en su desencantada vejez. Entre ellos va, con caracteres que la hacen perdurable, su visión infantil de la figura de Güemes y el relato vívido de cómo se supo, por boca de su padre, don Ignacio, el fin del caudillo cuando la traicionera invasión de Barbarucho y el lloro trágico y la resolución suicida de la mujer, doña Carmen Pusch, que era bella y gentil.

Estos recuerdos de la primera edad salían de su pluma casi sin artificio y de igual manera que sus trabajos novelados pecan por insuficientemente literarios, estos de recuerdos se salvan por su nítida y espontánea ingenuidad, a pesar del estilo estropajosamente romanticón.

La tiranía expatrió a todos los suyos. Buscaron refugio en Bolivia. En Sucre transcurrió la juventud de Juana Manuela, y allí completó su instrucción, en tanto iban muriendo lejos de la patria de los sacrificios incontables padres y tíos. Casó en Bolivia con Manuel Isidoro Belzu, que andando los días se vió, por azares políticos, hecho presidente de aquella república, de la misma manera que un día cualquiera murió asesinado por uno de sus parientes más queridos, especie de Bruto que casi nadie sabe qué quiso vengar o remediar con el apresuramiento de su crimen.

La viuda romántica, frente a la cual, según cuentan, hacíanse cruces las mujeres piadosamente curiosas y entremetidas en vidas ajenas de Bolivia y el Perú, que había vivido casi todo el espacio matrimonial separada de su marido, cuya demagogia excesiva no pudo soportar de cerca, supo cumplir con los deberes indicados por la situación y corrió al lado del esposo asesinado. Ello dió, sin duda, cierto aire de tragedia muy antigua a la flamante enlutada, que vivió así, sin proponérselo, algún capítulo de sus cuentos dramáticos.

Como los enconos políticos se agravaban, corrióse hacia Lima y allá, tal como se decía en el idioma convencional de su época "abrió salón" de semanales tertulias literarias, que adquirió alguna fama, y luego una escuela de niñas con que ganar lo indispensable. La suerte la acompañó durante un tiempo y buenas familias limeñas enviábanle sus hijas para ser instruídas en los rudimentos escolares, con lo que secó decorosamente sus lágrimas de pobre expatriada y de viuda de un político que cayera rápidamente desde la más abundante popularidad a la insoportable odiosidad de sus propios compinches.

Su cultura y su espíritu, si no su belleza ausente, salvaron a doña Juana Manuela de mil trances difíciles, y los hombres de mayor mérito y las mujeres más bonitas de Lima concurrían a su "salón" admirando su inagotable fantasía y alabando el decoro de su pobreza, que de tal forma sabía vestir lo pobre con las telas de lo bello y disimular lo prosaico con los colores de lo poético.

Cronistas epistolares de esos que aún quedaban, capaces de traducir en una frase todo un compendio noticiero, referían graciosamente cuánto valían las tertulias de aquella casona colonial, mantenidas con gracia, uniendo "a su saber y gusto artístico una exquisita volubilidad que la hacía aparecer frívola, tisueña, romántica o apasionada"; todo sin que dejárase de señalar, como al pasar, el temperamento melodramático de la "rara mujer, que, según le dijeron a Rojas, danzaba misteriosos ritos a la luz de la luna en su jardín limeño".

Volvió a sus pagos nativos, recorrió los lugares de su infancia, evocó las sombras ama-

(1) Ricardo Rojas: *Historia de la literatura argentina*, tomo IV. Buenos Aires, 1922.

das. Se trasladó a Buenos Aires después de caída la imperdonable tiranía, y en su vejez entusiasta trabajó con más ahinco y llegó a publicar lo mejor de su producción escrita.

La vieron sus contemporáneos ya con sus bucles blancos y la cara descarnada y angulosa, pero locuaz y fantasiosa como siempre. "Usaba el mismo peinado que Jorge Sand, pero ya habíanse esfumado las formas de la Eva eterna para quedar solamente la belleza del espíritu velando el desdén que originan los desengaños" (2).

Ella misma lo dejó dicho en la primera página de sus recuerdos de Güemes al evocar el hogar paterno en Los Horcones, donde "huyendo del desolado presente he tenido necesidad de refugiarme en las sombras del pasado y evocar nobles acciones de los muertos para olvidar las infamias de los vivos..."

Los móviles de su vida interior, como las causas ciertas de sus desdichas conyugales, quedaron sin explicar y es justiciero dejarlo como ella misma lo dejara, sin inmiscuirnos en párrafos que debieran tener más de suposición que de certeza.

En Buenos Aires volvió a "abrir su salón", aunque menos lucido que en Lima y en días de transformación ciudadana, cuando la tertulia comenzaba a perder importancia para la gente joven y empezaba a carecer de interés para la madura, que hallaba en los clubs sociales, cuando no en los novedosos deportivos, ocasiones propicias para la holganza placentera o el recreo distraído. No obstante, aún vió doña Juana Manuela a su rededor hombres y mujeres de cultura y talento, jóvenes poetas, diletantes de las letras y de la música, que a fines del siglo pasado remedaban en la ciudad del Plata ambientes europeos que no terminaban de cuajar.

Doña Manuela Gorriti mantenía su prestigio de escritora en una labor tenaz que no agotaba su abundosa vena de narradora fantástica, matizada con recuerdos lejanos que se quedaban demorados en los valles y las serranías de la Salta inolvidable, y los otros de la juventud en tierras altoperuanas y los de la pena y el luto en la vieja Ciudad de los Reyes o junto al mar inquieto y bravo. En sus tertulias gozaba derramando elogios y prodigando bondades, procurando facilitar relaciones a los poetas nuevos y publicación más o menos segura al primerizo borroneador de cuartillas. Optimista a pesar de todos sus pesares, daba sin medida sus buenos pensamientos y se quedaba con los tristes y oscuros, un poco porque ello marchaba acorde con sus días, otro poco porque estaba ya convencida de que nada valía tanto para la juventud como la esperanza y la ilusión.

De esa manera multiplicó el afecto que la rodeaba dentro de aquel ambiente, apenas renovado de viejos amantes de lo argentino y de nuevos gustadores de un pasado que se teñía ya con "los violetas del crepúsculo".

Nadie recordaba que era la viuda de Belzú y pocos que era hija y sobrina de gloriosos servidores de los primeros días de la patria, en la montonera serrana, en las asambleas desorientadas, en las publicaciones periódicas que alimentaron elementalmente los afanes populares por conquistar y merecer la libertad. Su pluma, su "salón", el prestigio grisáceo que dábale la tragedia que la rodeó, su pobreza defendida con la escuela de niñas, trajéronle prestigio propio y bien ganado. Cuando murió en Buenos Aires, en 1892, lamentáronlo con largo eco continental aquí, en Bolivia, en el Perú, sin mencionar apenas los merecimientos que le daban las familias próceres de su entronque. Sus galones eran suyos. Una docena de libros con su firma ofrecía nalgunos centenares de buenas páginas, de desatada imaginación novelesca para quien así le guste; de certera melancolía —como *La tierra natal*— para aquellos que paladeen la sensación de lo telúrico, y, de añadidura, como una sonrisa irónica y graciosa de las que era pródiga, su *Cocina ecléctica.*

(2) Domingo de Vivero.

Problemas sociales de Derecho Penal

Por *Pere FOIX*

(En el *Rep. Amer.*)

Pere Foix *publicó en México un libro cuyo título es el que encabeza estas líneas. Agotado, prepara la segunda edición con la introducción que a continuación publicamos.*

Si no estamos descontentos de la amable y benévola acogida con que fué recibida nuestra primera edición por parte de la crítica y público americanos, no nos place la actitud de determinados profesores de Derecho Penal, que si públicamente no, en conversaciones particulares, especialmente uno de éstos, prominente catedrático español de Derecho Penal, nos dijo que nuestro cometido no era el de meternos en críticas de las leyes penales, sino que debíamos limitarnos exclusivamente a escribir nuestras impresiones de encarcelado. Si el contenido de nuestro libro no es del agrado de alguno o de algunos de los profesores de Derecho Penal, no se busque en nosotros la culpa. Corresponde a los penalistas evitar con hechos que los profanos en la materia combatamos sus leyes y sobre todo sus procedimientos. Porque, ¿pueden en realidad los códigos penales en voga prevenir la delincuencia? Sus leyes, sus reglamentos carcelarios, ¿menguan o acrecentan la delincuencia? Ya sabemos que este no es tema del gusto de los profesores de Derecho Penal. En todo caso el tema debe ser reservado para los entendidos, piensan ellos. Pero nosotros, que hemos visto en la cárcel las consecuencias de las leyes penales y del régimen penitenciario, nos creemos en el deber de explicar nuestra opinión a quien quiera leernos.

Evidentemente que el estudio y la preocupación constante de eminentes penalistas, ha humanizado el sistema represivo de la delincuencia. Pero a nuestro modesto entender no se trata solamente de humanizar la cárcel o el Código Penal. Hay que penetrar más hondamente en la cuestión. Los penalistas no han sufrido la privación de libertad y, por consiguiente, ignoran las sensaciones experimentadas por el preso.

Si alguna vez llega a la celda de un encarcelado una revista o un libro que traten de cuestiones relacionadas con el Derecho Penal y la suavización de la pena, el encarcelado recibe esas preocupaciones de los señores penalistas con una sonrisa despectiva. No porque deje de interesarle tal asunto puesto que él es el sujeto del cual se habla, sino porque le da grima leer lo que el encarcelado considera despropósitos estampados en montones de papel impreso, siendo tan mediocre el resultado. Porque una reforma en los códigos penales que tienda a una mayor eficacia en la represión de la delincuencia, un Reglamento para la policía que procure medios y métodos científicos para forzar al delincuente a confesar su delito, pueden ciertamente descubrir el crimen y poner en manos de la justicia al criminal, pero, ¿ha de quedar satisfecha la sociedad? Entendemos que no. Ver pobladas las cárceles de criminales convictos, no es, en manera alguna, solución beneficiosa para nadie. Labor eficaz será aquella que prevenga a la sociedad de los males que consigo lleva la delincuencia. No se trata, pues, de humanizar el sistema penitenciario, sino de abolirlo. No debe reprimirse la delincuencia, sino ver de evitarla, porque la sentencia no moraliza al condenado, ni la aplicación de la pena sirve de ejemplo a ningún conglomerado social y el sujeto que sufre la pena afirma su propósito de reincidir porque la cárcel es un estimulante y un germen de disociación.

Mariano Ruiz Fúnes, en el número 18 de la *Revista de Derecho Penal*, de San Luis Potosí (México), escribe: "La prisión, como señala el doctor Vervaeck, debe constituir una preparación para la vida en común. Esta preparación sólo se logra anulando en el recluso sus disposiciones antisociales, de las que el delito fué sólo un síntoma, con mayor o menor relieve y dotándolo de aptitudes para esa convivencia, es decir, convirtiendo su antisociabilidad en sociabilidad". Conforme; pero, ¿puede la cárcel preparar al recluso para la sociabilidad? La respuesta la da Eduardo Zamacois en su novela *Los vivos muertos.*

Luis Jiménez de Asúa, en una conferencia pronunciada en La Paz, capital de Bolivia, en 1943, dijo:

"La reforma penal no puede concebirse aisladamente. La mayor parte de los países de América que hablan castellano, están reformando sus códigos, no sólo porque es fácil hacer una ley, sino porque es de nulo gasto. En cambio, crear un cuerpo de jueces competentes y unas prisiones modernas, es sobremanera costoso. Pero insisto en que si no queremos hacer una mera reforma en los periódicos oficiales, al nuevo Código ha de corresponder un nuevo sistema procesal y judicial y un moderno régimen de cárceles". También dijo el eminente penalista español: "En puridad, hacer un Código Penal no ofrece dificultades. Basta con procurarse las ediciones más modernas de los códigos recientes de Europa y América para hallar modelo digno de copia. Cualquier penalista de mediana formación y que conozca la lengua castellana, puede redactar un Código Penal de aceptable factura".

Estas palabras de Jiménez de Asúa, interpretan cabalmente el pensamiento del recluso desconfiado que ve cómo se amontonan códigos penales para hundirlo en la ignominia, y con el profesor español exclama: "Cada día debe hacerse un esfuerzo nuevo para demoler las prisiones actuales".

Sabemos perfectamente que el problema de la delincuencia resulta más complicado que la elaboración de un sistema represivo; que las causas, múltiples y complejas que fomentan la delincuencia, son de difícil extirpación en una

colectividad en la cual los intereses son contrapuestos. Pero precisamente por tratarse de un problema escabroso, a ello deberían dedicar empeñosa y preferente atención los penalistas: buscar, encontrar y combatir las causas de la delincuencia. Combatir hasta neutralizar sus efectos para llegar a su total desaparición. Programa ambicioso, en efecto, pero cuánto más humano y más práctico que irse por las ramas, que esto es en definitiva la búsqueda y captura del delincuente para recluirlo en una prisión, que representa, la prisión, la incrementación del delito.

En el Congreso de la Asociación Internacional de Autoridades Ejecutorias, celebrado en México en noviembre de 1939, Alexander G. McNeil, leyó:

"El número de jóvenes de ambos sexos que en Inglaterra y País de Gales son condenados por trasgresiones penales, aumenta cada año. Las estadísticas son aterradoras. En 1935 se produjeron 25,543 delitos perpetrados por jóvenes: 27,126, en 1936 y 29,201 en 1937. No menos que el 36 por ciento de esos individuos castigados por trasgresiones penales en 1937, fueron menores de 17 años. Y todavía resulta más trágico —sigue diciendo McNeil— en este infelicísimo estado de cosas, el hecho de que los delincuentes en las Islas Británicas, entre las edades de seis a catorce años de edad, han aumentado en un ciento por ciento en los últimos años".

Luego dió a conocer a los congresistas unos datos insertados en un Boletín publicado por el Departamento Federal de los Estados Unidos y que aluden a las detenciones operadas en 1938. La estadística del Departamento Federal, muestra que en el año de 1938, de ... 554,576 aprehensiones, 104,445 pertenecen a menores de veintiún años, o sea el 18,9 por ciento de su total. Estas cifras acusan un aumento sobre las del año 1937. Al terminar la lectura de la Ponencia, su autor puso el siguiente comentario: "La delincuencia infantil y juvenil, se debe en gran parte a las llamadas "horas de ocio", a la miseria de los niños que viven en los barrios bajos, donde se incuba la delincuencia; a las malas compañías y en general a la falta de disciplina en los hogares en materia de formación del niño que es sensible a la influencia externa, al ambiente, a los hábitos mentales y a la conducta; influencias todas que podrían ser constructivas o destructivas".

Datos como los señalados, por lo conocidos ya no impresionan a nadie y mucho menos a los magistrados. Así vemos que en lugar de destruir los antros de vicio y de vagancia, creando centros de esparcimiento cultural y físico para el desarrollo de las potencialidades morales e intelectuales del ser humano utilizando el deporte, el cine seleccionado, el teatro educativo, la biblioteca y la escuela —sobre todo la escuela— henos aquí metidos en el laberinto de las leyes de penalogía como remedio contra la delincuencia, dejando de lado a las causas. Y esta, a nuestra entender absurdidad, la estamos pagando a un muy alto precio, por cuanto el crimen envuelve en su tupida red al hombre maduro que no ha tenido escuela o escuela deficiente, pero que busca preferentemente al niño abandonado o simplemente carente de hogar sólido.

Sabido es que el individuo, por instinto de conservación, busca escapar de las garras de la miseria y acuciado por los espectáculos pecaminosos y las malas lecturas, por la ramera o el invertido sexual y el alcohol, va a la caza de lo ajeno, primero con precaución, dando un "golpecito" aquí y otro allá, para llegar al crimen con la mayor desfachatez. Esto en cuanto al hombre, que la mujer, deslumbrada por el lujo y la vanidad que le da una falta de educación, unas veces, y empujada por la miseria otras, a corta edad conoce la prostitución y el lecho del hospital en donde muere prematuramente. Y así vemos cómo el sexo y el amor, fuerzas naturales que habrían de ennoblecer al ser humano, se truecan en canteras inagotables de vicio, de enfermedad y de crimen.

No se nos tache de sentimentales ni de generosos. No es por sentimiento ni generosidad, que nos expresamos en estos términos. Es simplemente por una necesidad imperiosa, ineludible para toda persona bien nacida y de sana mentalidad, de prevenir el mal. Y prevenir la causa que produce una enfermedad moral o física, tanto para sí mismo como para el prójimo, más que de generosidad, es un caso de egoísmo, porque egoísmo es querer vivir holgadamente y a cubierto de cualquier acechanza. A nosotros, personalmente, no nos agrada oír, en alabanza de una persona que practica el bien o que posee ideales de regeneración humana, que se diga: "Se trata de un hombre generoso ya que va en pos del bienestar colectivo". Trabajar por el bien común es simplemente procurarse el propio bienestar. Esto es todo. Cada cual busca orillar el sufrimiento. ¿Y quién no experimenta un dolor ante la mala acción del prójimo? Y si evitando el daño ajeno alejamos nuestro propio sufrimiento, hemos de llevar nuestra acción no a reprimir las lacras que la sociedad padece con leyes represivas o menos eficaces o de una mayor humanización, sino llevar a todas partes la profilaxis social.

He aquí por qué nos disgusta grandemente —y sea esto dicho con el debido respeto para los jurisconsultos y penalistas que elaboran leyes contra la delincuencia con intención de acabar con el delito— ver el ajetreo de cuantos se preocupan por humanizar las leyes penales con la pueril creencia de que cumplen un deber social. ¿Reformar, humanizar el Código Penal? En buena hora. Pero, ¿por qué tanto desvelo no se emplea en prevenir el mal? ¿Por qué de una vez por todas no se atacan las causas de la delincuencia? Usted, lector especializado en asuntos de penalogía —caso de que ponga los ojos sobre este libro— ¿no cree más eficaz prevenir que reprimir? ¿Piensa sinceramente que el Código Penal cumple una misión? ¿No habrá meditado alguna vez sobre la inutilidad de la reclusión del delincuente en cárceles y presidios? ¿Se ha detenido usted a observar la labor negativa de los llamados establecimientos penales de corrección? ¿No habrá prestado, usted, señor penalista, su ayuda desinteresada, con sus regalos de vestidos, zapatos, juguetes y golosinas, en determinados períodos del año? Esas recolectas periódicas en favor del niño desvalido, ¿no le parecen una cruel ironía? En lugar de tantas leyes de represión contra la delincuencia y de esas esparcidas y altruistas iniciativas, que por esporádicas, sentimentales y caritativas no rinden beneficio alguno, ¿no cabría mejor una legislación de protección a la infancia para que no hubiere menester de caridad? Y en vez de la costosa y penosa elaboración de leyes de represión que lleva aparejada una población penal permanente, ¿no sería más hacedero el estudio del complejo problema de la prevención? A nuestro entender esto último resultaría económicamente más práctico y, sobre todo, más patriótico, más humano.

¡Cuánta inteligencia y energías perdidas elaborando leyes de represión contra la delin-

cuencia! ¡Qué pena da ver ese rompecabezas de los reglamentos carcelarios!

A la postre, esas leyes, esos reglamentos, de nada sirven a juzgar por el número cada día más crecido de delincuentes de ambos sexos y de todas las edades. Por consiguiente, ¿no se cree llegada la hora de pensar seriamente en la elaboración de una buena ley que corte el mal en su origen, dando al niño pan y escuela, es decir, una buena despensa y un ambiente sano para su desarrollo físico e intelectual?

Queremos cerrar esta introducción reproduciendo un párrafo de Stefan Zweig escrito en *Impaciencia del corazón* y que dice:

"Existen dos clases de compasión. Una cobarde y sentimental que, en verdad, no es más que la impaciencia del corazón por librarse lo antes posible de la emoción molesta que causa la desgracia ajena, aquella compasión que no es compasión verdadera, sino una forma instintiva de ahuyentar del alma propia la pena extraña. La otra, la única que importa, es la compasión no senitmental pero productiva, la que sabe lo que quiere y está dispuesta a compartir un sufrimiento hasta el límite de sus fuerzas y aun más allá de ese límite".

México, D. F., agosto de 1949.

Oración

(En el *Rep. Amer.*)

Pensando en la 3ª Guerra Mundial.

¡Oh Jesús nazareno, para siempre alabado,
protégenos del odio que es un lobo malvado!
El levanta los dientes en las gélidas plazas,
contra todos los pueblos, contra todas las razas.
Ya no hay paz en el mundo, en su cuerpo aterido,
sólo queda el desastre: ya la fe se ha perdido...
¡Oh Jesús inasible, vuelve a nos tu mirada,
que tu grey se dispersa por el polvo y la nada!
Se acogotan los hombres con el oro encendido
y se muestran los dientes en un mundo podrido.
Tus parábolas fueron un sagrado alimento
y hoy están en cenizas, revolando en el viento.
¡Oh Jesús nazareno para siempre sagrado,
vuelve a nos tu doctrina contra tanto malvado!
No nos queda en el mundo nada más que tu sombra:
ya ni el bueno te llama, ya ni el justo te nombra.
Y sin ti no se puede, oh Jesús nazareno,
en el fondo ser cauto, ni en la entraña ser bueno.
Aquí crecen la envidia, la traición y la muerte
y el honor se remata y se juega a la suerte.
¡Oh Jesús nazareno, no hay pecados veniales!
Siete reyes tenemos: los pecados mortales...
No nos queda un consuelo: todo es odio en la tierra;
todo es sombra en las almas: sólo triunfa la guerra.
Y este viento terrible que en las rocas resuena;
y esta voz gigantesca que en los cielos ya truena...
Que la tormenta anuncia con pavoroso grito
por un presentimiento que llora en lo infinito...
¡Oh Jesús insondable, sólo triunfa el quebranto!
Que nos libren tus llagas y nos limpie tu llanto.
¡Mi Jesús ofendido, mi Jesús olvidado!
Torna pronto a salvarnos, Jesús crucificado.

Moisés VINCENZI.

Costa Rica, 2 de setiembre de 1949.

Un nuevo libro de TORRES RIOSECO

(En el *Rep. Amer.*)

New World Literature: Tradition and Revolt in Spanish America. University of California Press. Berkeley, California. 1949.

Arturo Torres Ríoseco es la más alta autoridad contemporánea en temas de cultura hispanoamericana. Su libro en inglés *The Epic of Latin American Literature* y sus profundos estudios acerca de la novela en Hispanoamérica son obras indispensables para el especialista en la materia. Su estudio sobre la vida y obra de Rubén Darío es un ejemplo de equilibrio entre el estilo ameno y la erudición. Ahora, con este nuevo volumen, *New World Literature,* el autor abandona su bien conocido objetivismo y nos ofrece una evaluación más subjetiva de valores literarios latinoamericanos; de aquí el subtítulo de la obra: Tradition and Revolt.

La literatura es para Torres-Ríoseco "la base para explorar y para comprender al "hombre", al hombre de Hispanoamérica. Como en el caso de Rodó —a quien dedica nuestro autor todo un capítulo— ("Rodó es más estilista que filósofo, o que pensador") Torres Ríoseco siente una gran inquietud por el destino de su continente. "Aunque sé que nuestro continente hispanoamericano va por un camino equivocado, tengo una gran fe en la salvación de este continente", declara de manera enfática.

En este camino equivocado nota el autor falta de orientación, ideales nebulosos, políticos nefastos; observa la crisis cultural del presente, con esa tendencia a destruir valores, una tendencia hacia una negación suicida de normas morales y estéticas que se manifiesta especialmente "en el espíritu de ciega imitación de modelos norteamericanos, no de los aspectos más nobles de ese pueblo sino de las facetas más triviales y más vulgares de su cultura" (Entre otras: rascacielos, luces Neon, Hollywood, música negra, literatura barata, sección cómica de los periódicos, conferencias populares, etc.)

Torres-Ríoseco señala el fracaso de los sistemas hispanoamericanos en política, economía y sociología, culpando de ello a la clase media intelectual, educadores, políticos, semiespecialistas, semitécnicos, semiestadistas. Se vuelve hacia el artista con la esperanza de hallar en él al único hombre capaz de hacer algo por su pueblo, por su gente, porque su creencia final es ésta: "el don más grande y más genuino del continente hispanoamericano es su vocación estética y su realización artística".

Torres-Ríoseco llama la atención del artista hacia su mayor enemigo, el hombre de mediana cultura, el maestro de escuela, la recitadora, el periodista, el político, el hombre que piensa que lo sabe todo, el crítico omnipotente". Este hombre medio que cree en la "cultura práctica", en la acción externa, niega la cultura clásica, humanística y niega también toda posibilidad de progreso en el arte. "El artista tiene, por lo tanto, una doble misión que cumplir, no sólo debe ser el intérprete de su tiempo sino que también debe llevar esa interpretación hasta el hombre común. Con sus medios de trabajo perfeccionados por la cultura "debe invadir la escuela, la prensa, la plaza pública y el hogar". Torres-Ríoseco tiene una fe ilimitada (acaso sería mejor decir una fe desesperada) en el artista hispanoamericano. Para él el artista es el único elemento capaz de progreso cultural y de asimilación dentro de las normas de su propia cultura. De este modo se coloca nuestro autor en una posición tradicional de pensamiento en la América hispánica, en la misma línea de Rodó. El lector no puede dejar de observar cuánta fuerza habían ganado los puntos de vista del autor (gran autoridad en el género de la novela), si hubiera incluído a los novelistas de su continente en este volumen. Sin embargo, el espacio que ellos han dejado libre, ha sido ocupado por un definitivo análisis de las corrientes poéticas (técnica e ideales), de manera que el lector gana por este lado lo que perdiera por el otro.

Mario CAMARINHA *do* SILVA.



(Madera de *Amighetti*)

Conjuro

(En el *Rep. Amer.*)

Són de sones;
sones de quijongo
y tambores locos
con parches de iguana verde.

Golpear de carapachos
de tortuga muerta
en luna llena,
y quijadas de lagarto.

¡Tláloc — Tláloc!, clama
Biriteca;
angustia de milpa seca.

Tláloc — Tláloc, llama
Biriteca;
de guerreros, vieja casta,
gruñe, vela:
guapinol — cedro y copal,
embrujos de sol y luna:
sangre de pava,
leche de danta.

Tláloc — Tláloc, el ritual,
Biriteca;
guapinol — cedro y copal:
embrujos de sol y luna,

Salvador JIMENEZ CANOSSA.

Costa Rica. Mayo 3, 1949.

Don Luis ORREGO LUCO
Apuntaciones biográficas

Por *E. ORREGO VICUÑA*

(*Véanse las 4 entregas anteriores*)

XVI

VILLAVICENCIO 361

En la vieja casona de Villavicencio, a donde se trasladara su suegra en el peregrinaje a que vientos adversos la obligaron, fué hacerle compañía con su mujer y los hijos mayores, uno de los cuales se hallaba en la cuna. Eran días de juventud y todo sonreía. Había sol en los patios y en las almas. Doña Victoria Subercaseaux, en los ocios de su inmensa actividad benéfica y patriótica, había plantado eucaliptus, palmeras, magnolios y camelias; María, la compañera en que el ingenio, la belleza y la gracia se combinaran en prodigiosa perfección, dió vida a los naranjos y a la Flor de la Pluma. Y en el hogar fué la primavera.

Ahí, en el mismo escritorio donde Benjamín Vicuña Subercaseaux compuso sus estudios sociológicos, sus admirables ensayos históricos y literarios, el novelista crearía lo más de su ciclo, con excepción de *Un Idilio Nuevo*, que data de los tiempos del Camino de Cintura. Había inspiración en el ambiente, había calor en las almas, había luz matinal en las pupilas encendidas. Era el tiempo hermoso de la primavera.

El artista fué poblando la casona con obras de arte. Telas de grandes maestros llenaron los salones. Entre las armas de la sala de trabajo, junto a la biblioteca, brilló la espada de Francisco Pizarro. En el pórtico de entrada, una Venus, traída de Italia presidía: artistas del Renacimiento la esculpieron.

En los antiguos corredores aromados crecieron los hijos: infancia, niñez de príncipes, leve toque de sol en el minuto de la vida. Allí nacieron los dos menores.

Después del sol, tinieblas. El hogar vió la agonía de Benjamín, el primogénito, amado por los dioses, y años más tarde la sociedad de Santiago, conmovida, desfiló ante el féretro de doña María Vicuña Subercaseaux, tipo y ejemplo perenne de las madres chilenas, para esta y todas las generaciones.

Un día, en la plenitud, fué a visitarlo Fernando Santiván, director de *Pluma y Lápiz*.

"En mis recuerdos —escribió el insigne escritor en la mejor entrevista entre las muchas que le hicieran— veo siempre a don Luis Orrego Luco unido a los días más esplendorosos de primavera, a esas mañanas en que el sol triunfa volatilizando los perfumes de las plantas hasta hacer la atmósfera pesada y enervadora. Y es que siempre que sonríe el buen tiempo, no deja nunca de hacer su visita matinal al Cerro Santa Lucía. Allí solía encontrarlo. Bajo una glorieta enredada de jazmines, o junto a un muro de piedra por la cual suben las rosas diminutas o la yedra austera y exuberante, nuestro novelista va a descansar de las fatigas de su labor. A su lado, en el frágil asiento de madera, un libro abierto muestra sus letras negras, convidando a la lectura, mientras un poco más allá un plato ofrece sus naranjas doradas de azucarado perfume. El escritor, inclinada la cabeza, parece meditar. ¿Piensa en las últimas páginas leídas, o construye un nuevo capítulo de su novela. ¿Sería difícil averiguarlo. Como única respuesta a la muda interrogación, toma distraídamente una naranja, la monda con reposo, y saborea uno a uno sus lóbulos jugosos. A su alrededor, la luz tamizada a través de los eucaliptus y las encinas lo inunda todo en verdosa claridad. Apenas turban la paz del solitario paseo algunos niños que juegan vigilados por sus ayas o algún carruaje de lujo que suele pasar al trote de sus troncos arrogantes, con tintineos de cadenillas y el sordo rumor de sus llantas engomadas; de sus mullidos asientos asoma la silueta de una mujer aristocrática y saluda al pasar con el gesto especialísimo que constituye como un privilegio de fracmasonería entre las gentes del gran mundo. El rostro de don Luis se anima súbitamente, sonríe y contesta. Luego vuelve a su actitud de reposo y meditación".

"Habita —dice, narrando su visita al maestro— una antigua casa en calle solitaria y asoleada. El Santa Luci —monumento que elevara la fantasía de su propio suegro, el inolvidable don Benjamín— sírveles como de baluarte a la ola rugiente de la ciudad que bulle un poco más allá. La maciza puerta ostenta un pesado aldabón de piedra, testimonio de vetustez innecesario junto al botón que a su lado habla de los modernos progresos de la electricidad, pero que el escritor, enamorado de todo lo antiguo, ha querido sin duda conservar como un detalle artístico. Al abrirse la mampara aparece el ancho zaguán, y el jardín, al fondo, rodeado de corredores con pilares, ni más ni menos que las mansiones del tiempo colonial. Sensación de reposo, de tranquilidad. Solamente el sol habla en el silencio de la tarde invernal que recuerda, por su tibieza, una cálida siesta de estío. Se creyera oir en el aire el zumbar perezoso de un panal de abejas... Pero no: es el golpeteo lejano de una máquina de escribir. El maestro labora con febrilidad, en el silencio de su mansión señorial, sentado ante su Underwood, último modelo norteamericano..."

"Exquisito en su amabilidad, don Luis Orrego Luco es el tipo del caballero culto, sencillo y hospitalario, de que hablan las crónicas al recordar a don Isidoro Errázuriz o a don Vicente Grez. Recibe como un gran señor y pone en su sonrisa la simpática y sencilla expresión de bienvenida que acorta las distancias y hace olvidar las asperezas de una primera visita.

"Mis primeras palabras son de admiración para las preciosidades de museo que adornan las paredes de su sala de trabajo. Viejos escudos de hierro incrustados de plata, dagas moriscas, espadones de la vieja Alemania, ricas casullas bordadas de oro, agimeces de forma voluptuosa y llena de misterio, lámparas de aceite talladas en plata, cajuelas de la colonia esculpidas como encajes a punta de cuchillo, viejos sillones de cuero, peinetas de carey afiligranado y, esparcidos por aquí y allá, ricos cuadros de autores nacionales y extranjeros, todo ello en un arreglo tan armonioso que por sí solo constituye una obra de arte y predispone el espíritu en forma agradable".

El escritor recorre la casa del escritor: "aquí

un retrato de la escuela quiteña de don Juan Francisco León de la Barra, capitán general del virreynato del Perú, su ilustre tatarabuelo; más allá una tela auténtica de Zurbarán, acá un cofre precioso que tuvo el honor de encerrar la bandera del Huascar regalada a Grau por las damas limeñas; y en el comedor, unos macizos y elegantes aparadores tallados que pertenecieron al general San Martín, platos de Sajonia con monogramas de casas reales, un gran escaparate cuyos tallados constituyen una filigrana de incomparable hermosura... ¿Sería posible hacer una enumeración completa?"

La charla prosigue en diálogo y monólogo, porque era tal vez el más ameno conversador de su tiempo. "A don Luis Orrego Luco, apunta el autor de *La Hechizada*, es difícil interrogar sobre un tema determinado. No escucha, aunque parezca poner una atención y un interés muy grandes. Su vista pasa por encima del interlocutor para fijarse en un fantasma lejano que sólo él puede ver..." "Fuma; se agita. Su rostro se congestiona. Los temas de actualidad política o social lo apasionan con una intensidad que muchas veces se nos hace difícil explicar, acostumbrados como estamos a los caracteres tibios, a los espíritus indiferentes o apáticos..."

Santiván coge en el aire escenas familiares y las apunta en notas que merecen seguir viviendo. Las evocaciones emotivas suelen tener el privilegio de eternizar lo fugitivo, y es que a las veces suele lo fugitivo tener más consistencia que lo imaginado por nosotros como perdurable. Sigue la charla y don Luis "deja escapar una bocanada de humo azul que sube en espirales en el claro ambiente de la sala de trabajo bañada de sol. Víctor Hugo sonríe desde la altura de su pedestal de semi dios y don Rafael Altamira espacia su mirada serena por la pieza poblada de armoniosas formas de arte y confort. La vida es bella a nuestro alrededor, invita a vivirla. Del interior de la casa llegan risas de niños, sofocadas por las paredes".

"Dos Luis Orrego Luco, expresa Santiván, es en la actualidad nuestro primer novelista. Su estilo, cálido y vibrante, se presta para expresar la pasión en todos sus matices, en sus rugidos de fiera en celo y en sus tiernos arrullos balbucientes. Observador y psicólogo, sabe dar a sus novelas un interés que no decae un instante, guiando la acción con una maestría admirable. Es novelista de raza: posee la visión de la novela como un hombre de negocios pudiera tener el golpe de vista comercial, ese que pocas veces engaña y conduce las especulaciones a un término previsto con seguridad matemática. *Casa Grande* sigue siendo la primera novela chilena que se ha escrito en los últimos tiempos, e *Idilio Nuevo*, libro acabadísimo, lleno de fuego, de sentimiento, y de observación, hace digno pendant con la primera".

"Al abandonar la casa del autor de *Casa Grande*, llevaba en el espíritu la agradable sensación de haber vivido una hora de simpática vibración espiritual; el recuerdo de una hospitalidad franca y cariñosa en un ambiente en que florecen la generosidad, el santo amor a la familia, el culto por el pasado austero y noble, y la admiración por todas las inquietudes de los modernos progresos. El maestro me despidió tal como me había recibido: con su amable cortesía de gran señor, con su eterna sonrisa de hombre bondadoso que conoce de las amarguras y traiciones de esta vida y de las fragilidades humanas".

XVII

TRES POEMAS...

El novelista tenía alma de poeta. En todo artista hay un poeta. El alma en poesía se expresa, mas ¿cómo encerrar esa expresión en moldes exiguos? Alguna vez escribió versos. Alguna vez fueron dichos en voz baja y grave, llena y dulce, en esa intimidad que Santiván captara delicadamente.

Tres poemas suyos, escritos para la intimidad y en ella guardados, están sobre mi mesa de trabajo. Tres poemas y una admirable versión de la *Ofrenda espiritual* de Verlaine.

Leo en *Ave María*, acaso el más delicado:

¡Dios te salve, María!... la de gracia plena...
En tu alma de lirio, estremecida,
brota una esencia dulce de azucena,
como queriendo perfumar la vida,
de amargos días y dolores llena,
con transparencias y candores,
con esencia del alma de las flores...
¡Dios te salve, María!... la de gracia plena.

Dice en *Ronda de amor*:

Más de un día he pensado,
al contemplar, en lo alto, las estrellas
dolorosamente bellas,
que eran sueños de almas que han amado...

Primaveral sigue el ritmo de amor de las otras composiciones. Es como nota saudosa en el mismo *tempo* musical.

Cuando abre sus flores la Victoria Regia...

El texto castellano de la *Ofrenda espiritual* conserva la emoción de Verlaine.

Dios mío, me has herido con tu amor
y la herida vibra aún en mis entrañas.
Dios mío, me has herido con tu amor.

XVIII

AÑOS DE RETIRO.—(GENERAL DE LA LA REPUBLICA — EN LA ACADEMIA CHILENA)

En mayo de 1931, de regreso a Santiago después de su misión en Uruguay, se consagró a trabajos literarios en la paz del hogar. Había ingresado definitivamente a la vida privada.

Corrieron los últimos años en la plenitud de su inteligencia y sin perder casi nada de su prestancia física. El mozo de facciones delicadas y viriles de los días jóvenes, con ojos penetrantes y mirada que sabía adquirir tonos suaves y bondadosos, después de atravesar por las etapas de la madurez, espléndidas, llegaba al tiempo viejo con cabal dominio de sus características. Era gran señor, era elegante, sobrio, discreto. Dominaba en los salones con el arte insuperable de su charla. Estaba de vuelta de la vida, sin que el conocimiento de los hombres y sus miserias, de las bastardías del natural humano que parecen acentuarse en las épocas de transición, pusieran asomo de acritud en la sonrisa comprensiva e irónica. Como Goethe, viejo, sabía que comprenderlo todo es perdonarlo todo. Los grandes escritores le visitaban con frecuencia. Joaquín Edwards Bello le decía, en carta de enero de 1933: "Había leído novelas y libros suyos con la emoción y el entusiasmo que usted ha de comprender. Desde esa fecha, aunque no le vea muy seguido, le sigo espiritualmente sin perderle paso. Cuando logro hablar con usted —de paso en las calles— quedo nutrido y saturado, porque además de primer novelista es usted un gran caballero y me parece que en cualquiera otra tierra que no esta, perdida en cursilería y *naiveté*, buscarían su charla igual que el explorador de los desiertos busca el oasis".

Los honores, que suelen llegar tarde en las vidas ilustres, venían a su encuentro cuan-

do el ciudadano que sirviera sin taza a su patria y el artista que abriera nuevos horizontes a las letras de Chile, se despedía de vanidades y oropeles, desnuda la frente en pureza cristiana para coronas que no se disciernen en el mundo bajo.

En el ocaso se parecía al señor de Weimar. Las grandes almas siempre se encuentran en el coloquio de la tarde, desprendidas del fardo de las galas antiguas.

El Gobierno le otorgó sucesivamente el grado de Coronel, en 1937, y el de General de la República en 1947, reconociendo los ilustres servicios prestados en el campo de batalla.

La Academia Chilena de la lengua le eligió miembro de número, entrando a reemplazar al eminente orador don Juan Agustín Barriga.

La Real Academia Española le designaba poco más tarde miembro correspondiente.

En 1940 tuvo lugar en el salón de honor de la Universidad de Chile la velada solemne en que lo recibiera la Academia, reunida bajo la presidencia de don Arturo Alessandri Palma. Ese día pronunció discurso elocuentísimo en que, después de hacer el elogio de su antecesor y de recordar a Menéndez y Pelayo y a Valera, a quienes tratara en España, discurrió gallardamente acerca del papel que puede caber a las academias americanas.

"Ya no existen entre nosotros, dijo, corrientes de política de esas que en otro tiempo pudieron conmovernos. Hemos pasado ya todos nosotros, las horas alegres de la juventud y de la vida, cumbres doradas por nobles ilusiones y altísimos ideales; nos encontramos en el punto señalado por el poeta en que "llega el invierno con sus nieves cano", para sumirnos en regiones de desencantos y melancolías. Los rumores del combate y de la plaza pública tocan apagados en nuestra región serena, sin contaminarnos de pasiones.

"Pero nos queda una vastísima esfera de acción pública, de cultura superior y de esfuerzos por el progreso nacional dentro del estudio paciente y continuado del lenguaje. Así, todos nuestros esfuerzos tienden a robustecer los lazos espirituales del idioma castellano, vehículo de superior cultura espiritual y moral, base no solamente de las bellas letras, sino también de nuestro comercio, nuestra ciencia y de la nacionalidad misma.

"Hay todavía más: el cultivo de nuestro idioma tiene proyecciones internacionales, tiende al acercamiento de las florecientes Repúblicas de nuestro continente; a estrechar sus lazos tanto sociales como políticos, a producir acaso con el tiempo, su enlace y unión futura, con proyecciones económicas y de liberación de restricciones aduaneras, para consagración definitiva del imperio americano soñado por Bolívar en el Congreso de Panamá. La hora se acerca, a medida que se borran odiosidades y recelos injustificados entre ellas, y florece más y más en nuestros corazones el sentido de la justicia.

"Concluiré dando gracias a los señores Académicos por haberme juzgado digno de concurrir a sus tareas, y también a cuantas personas hayan tenido la bondad de oírme. Al dárselas, quiero despedirme con la conocida frase de Madame de Sevigné a su hija la Condesa de Grignan: "Perdóname lo largo de la epístola, pues no he tenido tiempo de escribirla más corta".

En su discurso de recepción, don Samuel A. Lillo hizo el elogio de Orrego Luco. Dijo el ilustre poeta de Arauco: "Nos encontramos ante una de las figuras máximas de nuestras letras que, desde hace muchos años, debió haber ocupado el sillón académico que hoy viene a honrar con sus merecimientos..." (2)

Cuando el 2 de noviembre de 1942, falleció la abnegada compañera de su vida, centro de un hogar en donde siempre se conservaron puras las grandes tradiciones de Chile, cayó sobre todos amargo velo de dolor. Era la hora de tinieblas, el día de Pasión...

Cada vez más recogido en sí y en los suyos, se dedicó a completar sus *Memorias*, obra acaso única en la literatura nacional por la asombrosa riqueza de color y la amplitud y franqueza con que fué trabajada. Había iniciado su composición, años antes, en la Isla Orrego, en Constitución, en donde la familia solía pasar los veranos en casa de sus hermanas Mercedes y Clemencia. Frente al mar, iban afluyendo los recuerdos en corriente que aceleraba la visión continua del Maule, el río de su infancia. De regreso de las playas, después del paseo matinal a la Piedra de la Iglesia, a Calabocillos o las Ventanas, bajo los árboles centenarios de la Isla, en la gloria de la fronda verde, cubierta con encajes sutiles de hojas y sol, tejidos por la brisa, las carillas se cubrían con la huella del tiempo vivido... Ahora, en el viejo patio de Villavicencio, entre golpes de luz y voces infantiles de los nietos, volvía nuevas páginas. No alcanzó a completarlas, pero lo hecho abarca medio siglo.

Frecuentaba el Parque Forestal en horas matinales o de tarde, ya que la enfermedad al corazón que le aquejaba le vedó la subida del Cerro Santa Lucía, su paseo favorito. Y solía ir a la tertulia del Salón Colorado y a los almuerzos periódicos donde se escuchaba con frecuencia su voz todavía firme. Contertulios eran don Víctor Manuel Zañartu, don Santiago Vicuña Subercaseaux, hombres de vena y *esprit*, el Presidente de la Corte Suprema don Gregorio Schepeller, el Almirante García Huidobro, don Luis Phillips, entre otros.

XIX

"PLAYA NEGRA"

En los años de 1942 a 44, interrumpiendo la redacción de sus *Memorias*, que ya no terminaría, escribió *Playa Negra*, su postrera novela.

Ese canto de cisne se revestía de todas las seducciones de la labor primigenia y la rica experiencia de los años vividos. Viaje al país de la juventud, lo recorrió con paso ágil, firmes los pies andariegos, saturada la pupila de las lejanas visiones hermosas, con todo lo cual compuso una obra maestra, que puede ponerse al nivel de *Casa Grande* y de *Idilio Nuevo*. La lámpara que ardió toda la vida daba al final rutilante llamarada.

En *Playa Negra* se mantiene la solidez arquitectónica de sus grandes novelas, acentuándose la riqueza episódica y el caudal de observación. En el escenario maulino, el puerto mayor de Constitución, con cierto ambiente feudal, el relato discurre entre algunos grandes señores, un ingeniero francés de rancia estirpe y los habitantes de Bilbao la Nueva. Allí se codeaban el tesorero fiscal, el gobernador, los politiqueros de oficio y beneficio, el afinador de pianos (delicioso tipo el de Schürmann!), las señoritas de la sociedad local con **su Sociedad Beneficencia de Damas, los trabajadores, los rudos y fuertes huanalles, señores** del río; Carmen la Pescadora, romántica mujer que llegó a centenaria; el Diputado, el Boticario, y tantos otros personajes que dan, con su toque de realidad, extraordinario sabor a la fábula. En ella se tejen viejos dramas de sociedad con auténticas tragedias del mar, chismecillos y envidias provincianas, lances triviales, tragicomedia conyugal...

Orrego Luco crea un tipo de roto chileno, de *huanay* auténtico— Chuma— observado de cerca en la niñez y resucitado con prodigiosa nitidez en su última obra.

Pero el principal tipo novelístico, verdadera y genial creación suya, que permanecerá entre las mayores de la literatura continental, es el de doña Catita, mujer de extracción aristocrática en que se combinan rasgos de generosidad, con acento humano conmovedor, a mezquindades increíbles. Doña Catita reune los cabos de vela y los residuos de azúcar en las tazas de café, ahorra el modo de andar y un día ampara con ardor apostólico a una mujer caída, cubre con su nombre el honor de una pobre criada y la dota con esplendidez. Ese tipo de doña Catita —Balzac hubiera amado su historia retrospectiva con el Cónsul Británico Willson, su antiguo marido— es único en las letras chilenas y bastaría para consagrarlo como sumo maestro.

Esta valoración quedará para jueces más imparciales y menos teñidos en prejuicios y rencores sociales que los de nuestro tiempo.

(Concluye en la próxima entrega)



El Mahatma Gandhi

Epílogo ghandiano

Por *Juan MARIN*

(En el *Rep. Amer.*)

A dieciocho meses de distancia del espantoso crimen que estremeció la conciencia de toda la Humanidad y desgarró en pedazos el generoso corazón de India, la voz de la Justicia ha dejado oír su última palabra, pronunciando la condena del asesino del Mahatma Gandhi y la de sus cómplices en el siniestro asesinato. Largo ha sido el proceso y exhaustivo el mecanismo judicial puesto en juego por las instituciones de este país democrático que es la India de hoy, independiente y liberada de extranjero yugo. Se ha querido evitar que la menor sombra de pasión, de sectarismo, de venganza o de espíritu de partido vengan a ensombrecer un juicio de la importancia histórica de este. Limpias han sido mantenidas las aguas de la Justicia. Serenas y puras las páginas del proceso, como las cumbres nevadas del Himalaya que los jueces contemplan desde sus ventanas, allá en la lejana y elevada Simla, sede del Supremo Tribunal. Se ha dado al culpable y a sus cómplices todas las garantías que un ciudadano ejemplar tendría en cualquier país democrático del mundo en el ejercicio de sus planes y normales derechos. En muchas partes del globo ni se sospecha acaso que el hombre que segó la vida del "Padre de la Independencia" de la India esté todavía vivo. Pues lo está, y tanto que ha alegado personalmente su caso. No para invocar excusas o para aminorar su culpa o para mover a piedad a sus jueces, sino exclusivamente para hacer recaer sobre sí toda la responsabilidad y toda la pena. Ha mostrado hombría, entereza y hasta dignidad, si dignidad puede hallarse en quien cometió acción tan cruenta y vil. El acusador público ha tratado de probar, desde el principio, la existencia de una "conspiración" para matar a Gandhi. El asesino, Mathuram Godsé, ha puesto todo su empeño y su elocuencia en demostrar que su crimen fué cosa individual, serenamente meditada y patrióticamente inspirada. Y ha llevado su generosidad, con respecto a sus cómplices, hasta el extremo de pedir que se le sumen las penas, sugiriendo que la pena capital de la horca se cumpla en él después de 20 o 30 años de trabajos forzados o de confinamiento solitario.

El Tribunal Supremo ha confirmado casi todas las penas señaladas por la primera instancia, ha reducido algunas, ha recomendado clemencia para uno de los acusados (el hermano menor del hechor) y ha, finalmente, absuelto de todo cargo —por falta de pruebas suficientes— a dos hombres condenados por el primer tribunal a prisión perpetua. Si el derecho de conmutación de la pena de muerte, ejercido por más alta autoridad (el Rey de Inglaterra mediante su representante directo el Gobernador General de India) no se ejerce en su favor, Godsé y su más cercano cómplice Apte (Editor y Manager respectivamente del diario extremista *Astrali*, que ambos editaban en Bombay), subirán el tabladillo de la horca dentro de pocos días. Seguramente, si el Mahatma viviera, él estaría ahora ejerciendo el derecho de súplica en favor de su victimario: con su báculo de caminante y vistiendo su sencillo *dothi* de lino blanco, él habría subido ya las gradas del Palacio del Gobernador General, implorando piedad para su verdugo. El hecho tremendo de que el apóstol de la "no violencia" haya muerto de muerte violenta, es uno de los grandes dramas de nuestro tiempo, uno de los grandes fracasos sintomáticos de nuestra civilización. El 30 de enero de 1948, en la fecha misma del crimen, escribimos desde El Cairo, una nota titulada *Apoteosis de Gandhi*, qué fué ampliamente publicada y reproducida en una veintena de periódicos de Hispano América y que motivó una fraternal réplica de Alberto Rembao en un Editorial de su *Nueva Democracia* de New York, acerca de nuestras reservas a la "no violencia" integral. Decíamos en esa nota que la muerte de Gandhi era o había sido una cosa necesaria para que se cumpliera el martirologio del gran santo de la India moderna. Asignábamos a la vida de Gandhi un determinismo histórico-místico. Y los hechos nos han dado la razón: gran parte de la tranquilidad que hoy reina en India, la concordia, la tolerancia religiosa y el cese del fratricida degüello comunal a que India se había entregado, en medio de una espantosa orgía de sangre, se deben al impacto formidable que el asesinato del Mahatma produjo en las almas de este sub-continente. Fué uno de esos *shocks* saludables que la Medicina suele emplear para curar trastornos gravísimos, la descarga eléctrica con que se alivia hoy la locura. La sedienta y sanguinaria Kali fué apaciguada. El sacrificio ofrecido en el gran altar de la nación fué máximo, precioso y propicio. No significa esto que los móviles del asesino y de sus cómplices hayan sido terapéuticos en ese sentido. No. Tampoco Herodes y Pilatos pensaron dar vida al Cristianismo y derribar a los dioses paganos de sus templos cuando sentenciaron a Cristo a la cruz.

Nathuram Godsé y su puñado de fanáticos del Partido "Hindu Mahassabha", creyeron sinceramente —y aún lo creen— que la política de Gandhi (quien en esos días ayunaba en favor de las minorías musulmanas de India) era un obstáculo para el desarrollo de una India cohesionada y fiel a sus tradiciones, químicamente pura en su hinduísmo, cien por ciento brahmánica, libre de heterodoxias y contaminaciones religiosas extrañas. Y por eso condenaron a muerte al apóstol. El que su acto brutal haya dado frutos de paz y virtud, que el lago de sangre se haya florecido de espigas, cosa es que no estuvo jamás en sus planes. Pero, no por eso el hecho es menos real. Y en cuanto a Gandhi, para que se cumpliera la trayectoria de su santidad y deificación, el crimen era necesario y más que necesario, indispensable. Aquella frágil estructura de huesos y piel, aquella anciana anatomía con algo de infantil y de terriblemente sabio a un mismo tiempo que vimos en las calles de Calcuta, pocos meses antes de su muerte, necesitaba ser demolida por el duro metal asesino para que su alma grande y pura, impregnada de las más profundas enseñanzas del *Gita*, de la Biblia y de los Sutras, se liberara de sus corpóreas envolturas. El último avatar divino encarnado en Asia, el heredero de Krishna, Rama y de Gautama Budha, terminó de ese modo, armoniosa y dignamente, su misión.

La deificación de Gandhi es un proceso que nadie puede detener. El santo ya tiene un sitio en los altares. Sus sentencias y las frases de sus escritos, son citadas cada día y a cada momento por los hombres que mueven el pensamiento y la política de India. Se planean "Memoriales" al Mahatma en diversas partes del mundo. El grupo de los "Gandhi Followers" ("Discípulos" o "Seguidores" de Gandhi) abarca una masa compacta que incluye lo mejor que tiene India, desde sus más altas autoridades hacia abajo. Se acaba de proponer, hace poco, que la cronología de India se base en la vida del Mahatma, creándose la llamada "Era Gandhiana" por la cual regiría su calendario histórico la India Moderna.

Un gran destino se ha cumplido con la muerte trágica de Gandhi y Nathuram Gadsé no ha jugado allí otro papel que el mismo triste rol que las potencias estelares asignaron a Judas Iscariote en la muerte del Nazareno: el de una ciega fuerza desencadenada. El Ananké destructor movió su brazo, el oscuro Calibán ensombreció su cerebro. Y esta realidad profunda y trascendente, el pueblo de India parece sentirla y entenderla. Si el derecho de piedad se ejerciera sobre el criminal conmutando su sentencia de muerte, la opinión pública no recibiría tal vez con desagrado o con protestas la noticia, pues en los planos más

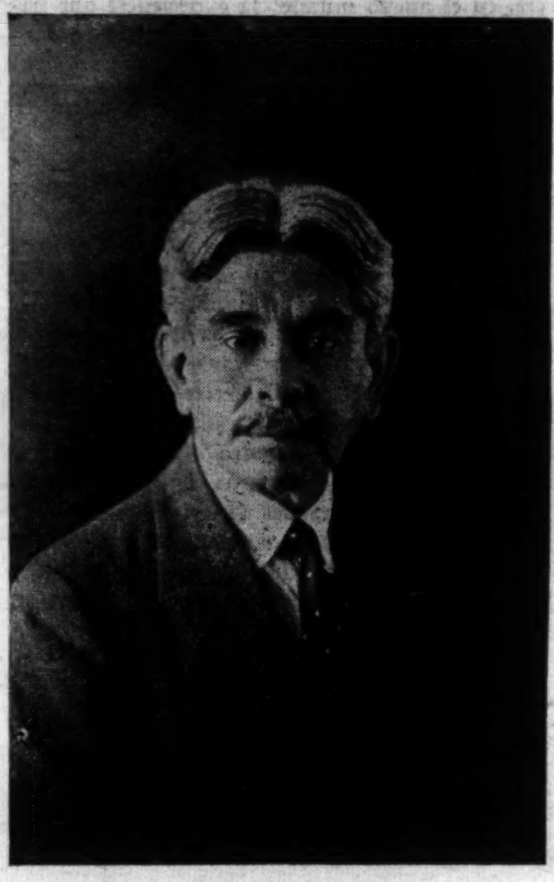
MASFERRER y el Mínimum Vital

Por *Humberto TEJERA*

(En *El Nacional*. México, D. F. 22 de mayo del 49).

El maestro salvadoreño Alberto Masferrer fué el apóstol en América del movimiento para asegurar a todo trabajador un mínimum vital. Ahora se dice que este movimiento progresaba en Francia, en vísperas del derrumbe de ignominias y traiciones que simboliza la Línea Maginot; mas ciertamente, hace ya un cuarto de siglo que el poeta-maestro de Cuscatlán, iba por los pueblos centroamericanos proponiendo su bella utopía. Ante la situación exasperada y deshonrosa de nuestra población trabajadora en los países hispanoamericanos, como en las épocas más sombrías del feudalismo, sometida a una serie de explotaciones, cargas, gabelas y tributos que no se agotan enumerando a los trusts concesionarios extranjeros, al cúmulo de intermediarios comerciales, al patrón criollo, a los fiscos exactores, al clero, y a los expendedores de alcohol y vicios; ante la miseria que le hacía escribir: "En las grandes plantaciones de café —y lo mismo podría decirse de las de caña, tabaco, y en las minas— hombres y mujeres viven como animales, entregados a una promiscuidad tan grosera como si en doscientas leguas a la redonda no hubiera trazas de civilización. La vida ordinaria del peón, tal como yo la he visto por más de diez años, se reduce a esto: de martes a sábado, "tarear', o hacer sus tareas; el domingo, emborracharse, pegarle a la mujer, machetearse con los compañeros; el lunes, ir a la cárcel y empeñarse por un mes de trabajo para pagar multa. En caso de enfermedades del indio y la india, mueren entre nosotros por falta de médico y medicinas, y por ignorancia de las más triviales reglas de higiene..." Ante ese cuadro de nuestra civilización criolla, Alberto Masferrer proponía un remedio: la obligatoriedad del Mínimum Vital.

Masferrer fué un poeta que por igual sintió el asco de la miseria, la ignorancia y la angustia que lo rodeaba, y el temor de las grandes soluciones sociales que va imponiendo la época presente. Absorbió en su hermosa mentalidad, henchida de generosidades, los presagios quiméricos que arrastra el horizonte histórico, las utopías religiosas y filantrópicas de los mejores espíritus que han ennoblecido a la especie humana, los ensueños de Francisco de Asís, de Owen y de Fourier, concentrándolos en su propia mente, como las nubaredas matinales en el vaso de cristal de Ilopango; y con esos ensueños formuló la más bella teoría: el Mínimum Vital. Bautizó así su llamamiento al buen sentido de los hombres, al claro entendimiento de los cultos y al ansia de vida y mejoramiento de los humildes, para encontrar una fórmula pacífica, concordante, que resolvería en nuestra América las luchas sociales en unión equitativa y fructífera para todos.



Alberto Masferrer

*

Ante la "struggle for life" de los técnicos, ante la guerra de clases de los realistas y violentos, ante la implacable vorágine de opresiones y venganzas, y el choque de conflictos en que se ha convertido el mundo nuevo surgido de las guerras imperialistas, Masferrer, el soñador, el maestro, abrió los brazos nazarenamente para implorar: "Al trabajador: confórmate con lo imprescindible, sin lo cual no podrías vivir; y al rico, consciente en que haya un límite para tu ambición: convierte todo en oro, el oro, las piedras, el árbol, cuanto encierra el planeta; pero no la miseria, no el hambre, no la salud, no la sangre de tus hermanos".

Más concretamente, en la sucesión de escritos, discursos, conferencias, con que sostuvo en El Salvador y fuera de sus fronteras, la teoría que consideraba remedio infalible para encauzar por bordes humanos y fraternales las sangrientas contiendas, Masferrer llegó a determinar concretamente, hasta con precisión de programa eleccionario su concepto del Mínimum Vital: Una especie de salario restricto, y un seguro social que comprendiera: la seguridad de trabajo; y mediante esto, la seguridad también de la alimentación, el agua, el vestido. La obligatoriedad de una educación para preparar trabajadores ciudadanos, hombres aptos y dignos de la vida por la producción de bienes útiles a la comunidad. La justicia para el trabajador, en forma de tribunales no de clase, sino de equidad indisputable, rápida y confiable. El descanso merecido para el labriego y el obrero, salvándolos de la infame especulación de los centros de vicio, suministrándoles con buen cine, instructivo y artístico, bibliotecas, museos, campos de juego, paseos y excursiones, a su alcance, la necesaria expansión espiritual. Y quería Masferrer un seguro todavía: el de invalidez, enfermedad y vejez, para dar el sostén de la comunidad a todos los que, habiendo sido educados para el trabajo útil, y habiendo rendido su esfuerzo ya a la sociedad, cayeran por la fatalidad o la fuerza de los años, en la dolorosa improducción. Empapaba todas estas ensoñaciones —en tierras de coloniaje brutal y expansivo— en el rocío de su vocación lírica, pensando siempre en lo que había visto: el labriego salvadoreño, igual al cañero cubano, al roto chileno, al peón petrolero venezolano o peruano: carne de ruedas dentadas, en la maquinaria del amo generalmente extranjero.

Mientras soñaba tan elevadas y excelentes cosas, Alberto Masferrer, "sereno, enérgico, evangelizante, profesor de ideales, con altas ideas universalizadoras; verbo de los propósitos avanzados en El Salvador; hombre que honra con su vida su prédica libertaria", como lo describía Julio R. Barcos, llevaba adelante su original labor de maestro reformista y escribía preciosos poemas y cuentos, sobrecargados de intención redentora y de atisbos de psicología infantil y popular, como *El Dinero Maldito, Una vida en el Cine, Pensamientos y Formas, El Buitre que se volvió Calandria, Las siete Cuerdas de la Lyra*, cuentos y y poemas que reunidos ebullen con una de las más virtuales y fragantes emanaciones de la época de Tolstoi, de Barbusse y de Rolland. A los cuarenta años viajó Masferer a Bélgica, y como alumno libre de las escuelas de Ferriere y Decroly, trajo de regreso a su tierra la Escuela Racionalista, queriendo sembrar cultura donde predominaban el ripalda y las varas de membrillo. Siente, con Carlyle, que "la tierra, de ser de alguien, sería del trabajador que la cultiva". Lucha, como Tolstoi, por la satisfacción "del derecho más indiscutible y esencial, el derecho de vivir sobre la tierra, que tiene todo ser, y sacar de ésta su alimento, sin pedir permiso a los demás hombres". Cuando habla del problema de la vivienda, en nuestros países de pocilgas, cuevas y chozas para los que trabajan, dice: "Alguna maldición pesa sobre el hombre para que, después de tanta filosofía y tanta ciencia, y tanto dar su sangre para hacer la vida tolerable, aún esté con incertidumbre y zozobra de no hallar un techo que lo abrigue". Y piensa que nuestra América India, la de sangre dulce incontaminada de avaricias, es la llamada a "realizar las nuevas formas de vida que la humanidad necesita y quiere". Por ello, vive alerta sobre el sentido educador, agrario y social de la Revolución Mexicana, al igual que sobre los movimientos indigenistas y sociales desde Perú hasta la Argentina, sumándose fervorosamente a ellos. Luchaba por el patrimonio familiar de los humildes. Creía factible una alianza defensiva perpetua, contra el imperialismo, entre las repúblicas democráticas. Intentaba fundar la Unión Vitalista, para conseguir el reconocimiento del seguro educativo y de trabajo.

La tragedia rampante centroamericana, por el tiempo de la gran crisis mundial, recobró sus fueros. Los latifundistas, los exportadores

---

hondos de su conciencia ella intuye que esto sería grato al apóstol de la "no violencia", grato a su alma que, como Angel Guardián, vela desde el seno ineluctable de Brahma, por los destinos de su pueblo. El hombre de la calle, el campesino en su arrozal, el pastor en sus colinas, el pescador en sus lagos se dirían: "—Es el Bapú (el "Padre") quien lo perdonó..." Del mismo modo que Cristo perdonó a aquellos que lo herían e insultaban en su camino del Calvario.

New Delhi, 24 de junio de 1949.

y los intermediarios del café, del oro verde, que veían la mercancía por los suelos, ocusaron al poeta como culpable de la crisis. A los indios sembradores y recolectores, despedidos de las haciendas, que morían de hambre, los acusaron de comunistas y asesinaron —con el sable de Hernández Martínez— a más de veinte mil, que morían ya de hambre. Luego vino el consabido míster X, a negociar con el reconocimiento del nuevo mílite exterminador.

El mismo Masferrer trazó el cuadro dantesco: "Los campesinos exasperados por el hambre, se lanzaron a tomar los cuarteles. Les tachaban de bolcheviques, de monstruos, de cuantos adjetivos denigrantes sugieren el miedo y la cólera a los terratenientes enfurecidos vencedores. Desde hace cuarenta años se les explota, se les embrutece con el alcohol, se les extorsiona y se les miente. Y ahora, cuando tenían más de un año de no comer, por falta de trabajo, se les extermina". Tres lustros en la presidencia de El Salvador, fué el premio que obtuvo la hiena Hernández Martínez, por esa horrenda masacre de salvadoreños para servir al imperialismo.

A Masferrer lo asesinó, también, esa catástrofe de su pueblo. Desde su refugio de Sula, donde moría, escribió a García Monge: "Cometí la imbecilidad de meterme en eso que llaman política militante, durante un año, y me volví áspero, fanático, descortés y tonto". Pero la ganancia es: "Sabemos ya la verdad. Asentamos los pies en el áspero suelo de la verdad. De la verdad nos vendrá la salud". Con un siglo de retraso, nuestro caro Masferrer hacía, en el nuevo mundo, la experiencia que habían sufrido en el viejo los utopistas románticos, Owen, Fourier, Blanc... Esta experiencia o lección vital, juntó su nombre para siempre con los de sus inspiradores.

Una mujer que pertenece a la gloria centroamericana, Carmen Lyra, dice de Masferrer: "No fué sólo un intelectual, sino un hombre de honor, y por eso no se hizo el desentendido ante la explotación de los amos y el hambre de su pueblo". "Supo en su vejez ser fuerte como no saben serlo la mayor parte de los jóvenes". Frases espartanas de una costarricense. El maestro Masferrer enseñaba una doctrina de salvación: "La dinámica misteriosa que hizo de un obscuro reptil un pájaro señor del color y del canto: de un bloque de granito una palmera del desierto; de un hongo triste y venenoso, una orquídea resplandeciente; de una oruga, una mariposa... cada uno según la pureza, la intensidad, la perennidad de su aspiración".

EL CASO DE LORENZO

Ofensas a Colombia

(*Atención del autor,* en Bogotá. Setiembre de 1949).

Debemos avergonzarnos como colombianos de que en nuestro país, considerado como un asilo de la libertad y como un espejo de la democracia, puedan producirse actos tan infamantes como la expulsión, sin juicio alguno, sin razones de ninguna especie, de un joven estudiante de Santo Domingo, que había escapado a la afrentosa tiranía de su patria y se encontraba entre nosotros, al amparo de leyes justas, bajo un gobierno digno, terminando su carrera y preparándose para las luchas del foro y las de la tribuna, que han de producirse cuando el dictador se debilite o cuando sea derrocado.

Manuel Lorenzo se sentía libre y bendecía a un país donde había encontrado bienhechor asilo, camaradas generosos y una universidad de aulas abiertas a todas las inquietudes del pensamiento, a todos los ensayos de la ciencia experimental y a todas las innovaciones de la dialéctica. Lleno de ilusión, lleno de brío, se preparaba a presentar su tesis de grado y a alcanzar el lauro del diploma con el que, una vez conseguido, podría marchar sin sobresalto por todas las rutas del mundo.

Joven, con el ansia de novedad característica de las edades tempranas, había asistido a un congreso comunista, donde sin duda alguna dejó oír su voz de libertador para las clases obreras. Si, de acuerdo con la frase atribuído a Clemenceau, es imbécil y falto de corazón el individuo que no es socialista a los veinte años, como lo es el que sigue siéndolo después de los cincuenta, el comunismo de Lorenzo tenía que ser, más que una doctrina, un sentimiento, una aspiración a la igualdad y a la justicia, un deseo vehemente y explicable de que la riqueza no sea el poder que pone a todos aquellos a quienes domina, un férreo yugo.

Cómo recuerdo en este momento que al regresar a la patria, después de largos años consagrados al estudio, yo escribí hace casi ocho lustros en la prensa, desde el seno de la holgura que nos había procurado a sus hijos el trabajo de mi padre: "La riqueza es algo que el hombre debe hacerse perdonar como si fuera un pecado". A quien eso decía entonces, lo miraban las gentes con respeto. A quien eso dice ahora, lo llaman comunista, como si la humanidad no hubiera avanzado sino retrocedido. Asistir a un congreso comunista es ahora, ante la burguesía mundial, un error y casi un crimen, aunque no se haya tratado en él sino de defender a la patria o de servir al gobierno.

Por eso, a mí nada me dice, en nada me inquieta, la revelación de que el joven Lorenzo asistió a un congreso comunista. ¿Qué dijo en el congreso o qué determinaciones tomó ese cuerpo, en relación con los problemas de la hora, con las luchas del porvenir, con las doctrinas en que considero que ha de inspirarse la humanidad futura? ¡Eso sí es importante! En eso sí se puede encontrar una base para afirmar que el individuo era un elemento indeseable y que merecía ser expulsado del país. Pero, aun en el supuesto afirmativo, el procedimiento empleado por el señor prefecto de seguridad, sin darle tiempo para conseguir recursos, para preparar su equipaje, para obtener alguna recomendación que le sirviera para no morir de hambre a donde llegue, es arbitraria, es cruel, es indigno de Colombia, y nos causa a cuantos nos sentimos adheridos a esta Patria amada por todas las fibras, un depresivo sonrojo.

¿Cómo va a ser posible que dejemos prosperar en nuestra patria esos sentimientos y esos procedimientos nazis, fascistas, falangistas, inhumanos, anticristianos, antidemocráticos? ¿Cómo vamos a entregarle al dictador un joven para que lo degüelle o para que lo envíe a podrirse en una ergástula? Y si, afortunadamente, no es a Santo Domingo a donde iba el mártir destinado, ¿por qué no pensar en que es dar muestras de una insensibilidad polar al dejarlo en cualquier parte, sin dinero, sin equipaje, sin papeles, para que al día siguiente no halle otra acogida que en los antros de la mendicidad o en los del vicio?

Que sepa el responsable de esta expulsión, que ha de dolerle a través de la vida, cómo traicionó, voluntaria o involuntariamente, el espíritu y la tradición de Colombia. Nos vanagloriábamos con razón de ser un pueblo libre, un refugio para los perseguidos políticos, una nación de paz y de nobdeza. El expulsador nos deja como en mitad de la calle, llenos de rubor unos, congestionados los más de cólera, indignados con ver a la patria escarnecida y colocada en el mismo sitio que ocupan los pueblos indignos de sus libertadores.

Para marchar al mismo paso, llegan a un mismo tiempo la noticia de este atropello al domicilio y a los más elementales sentimientos de piedad y de decoro, y la de que unos descastados profanaron y arrastraron por las calles en Ocaña el busto del General Santander, o sea el del padre, el del creador de la nacionalidad, el del hombre ante quien todo patriota debe doblar la rodilla. Nada digo de la suerte igual que corrió en manos de los salvajes el busto del doctor Olaya Herrera, y me limito a atribuirlo a lo que generalmente se llama la aberración del espíritu de partido. Pero que no se respete la imagen del que organizó el ejército en Tame, la victoria en Boyacá y la república en la nación creada en Angostura, ya es caer en los abismos de la miseria moral y del desamor por la patria. Si eso está ocurriendo con las reliquias del alma, no es para sorprender que contra un joven inerme, sacrificado por el déspota del país donde vió la luz primera, se proceda como se ha procedido contra Manuel Lorenzo.

Pero yo, que sí creo en el cristianismo, en la caballerosidad, en la hombría de bien, del señor presidente de la república, hasta él alzo mi voz, para suplicarle que haga adelantar una minuciosa investigación en este caso, a fin de que oportunamente se ponga el remedio que nos libre de tan repugnantes exhibiciones y se haga aplicar por quien corresponda la sanción a quien antes que a la piedad, antes que a la sensibilidad, antes que a su conciencia, ha ofendido a Colombia.

Luis E. NIETO CABALLERO.

El último editor de los tiempos románticos

Claudio GARCIA, falleció en Montevideo el 18 de julio

Por *José PEREIRA RODRIGUEZ*

(En el *Rep. Amer.*)

El claro cielo de este día luminoso se enturbió con la muerte de un amigo, antes de que en él desfile militar los agudos clarines y los sordos tambores hiciesen trepidar el aire. Por el fallecimiento del antiguo librero y editor don Claudio García, ocurrido en la madrugada de hoy, se podría asegurar, sin caer en hipérbole, que la cultura popular uruguaya está de duelo. Don Claudio fué un propulsor extraordinario del libro económico. Tal vez, en este sentido, no haya nadie en la historia de la bibliografía nacional que pudiera aventajarlo. Desde el folleto hasta el libro, desde el cuadernillo estridente hasta la hoja suelta y volandera de beligerancia insobornable, todo fué para él, motivo grato para exaltar su dinamismo. Y en medio de su laboriosidad, en las distintas etapas de su acción, ya en el éxito como en el fracaso de sus intentos, siempre pronto para echar a volar la frase mordaz, la apreciación socarrona o el pensamiento ingenioso. Pero detrás de esta manera de ser, un tanto displicente, tres directrices señalaban su rumbo: la libertad de pensamiento, la idea republicana y la democracia política. ¡Que no le tocasen ninguno de estos principios! Por defenderlos, desde su modesta trinchera —que era un mostrador cubierto de libros— habría sido capaz de cualquier valentía.

Como buen español y orgulloso de ser gallego, escondía su espíritu chacotón bajo un manto de socarronería que le permitía atacar sin ofender y castigar con la risa como con la sonrisa o la frase levemente malintencionada.

Escribió un día ese maestro de maestros que es Baldomero Sanín Cano que, en ocasiones, la anécdota asume una categoría tal que vale por sí sola para definir un personaje o una época. En Claudio García encuentro el ejemplo paradigmático de esa alta opinión. Las anécdotas que lo muestran como protagonista adquieren categoría y muestran el fondo de su espíritu de una manera intergiversable. Acaso, por esto, nada mejor que recordar algunas para definir y perfilar a este hombre bueno en la hora en que comienza a desdibujarse por el camino sin retorno...

II

Juan Carlos Sabat Pebet le lleva en sus tiempos mozos, los originales de su primer libro: *El verso castellano*. Tímidamente le ofrece las revueltas cuartillas a don Claudio, diciéndole: —Es un libro de texto. Y don Claudio, tal vez sin pensar el efecto que va a producir en el ilusionado optimismo del muchacho, le dice haciendo un juego de palabras: —Detesto los libros de texto...

Un día don Claudio coloca en los escaparates de su librería de la calle Sarandí, unos ejemplares del, por aquel entonces, alabado *Apóstrofe* de Almafuerte que acababa de aparecer en la revista *La Nota* que, en Buenos Aires, publicaba un emir diplomático. Los rotundos versos, algo absurdos según la despiadada disección de Ricardo Rojas, ponían al Kaiser como no dijeran dueñas. Frente a la librería estaba instalado el Centro Germano; desde éste arrojan unas piedras, rompen los vidrios del escaparate y, filosóficamente, don Claudio amontona unos cuantos de los guijarros junto a algunos de los folletos con un letrerito que dice: "Ejemplo y argumentos de la *Kultur* germana de los de enfrente". Aquello hizo época en favor de la propaganda aliadófila.

Durante la Segunda Gran Guerra Mundial, la librería de don Claudio tuvo en sus escaparates nueva oportunidad de realizar propaganda democrática. Acababa de hacerse una edición económica de *Los Miserables* de Víctor Hugo. Don Claudio llena materialmente de ejemplares de la edición económica sus escaparates; entre ellos distribuye tres grandes retratos de Franco, de Mussolini y de Hitler. Y como una bandera de guerra, un enorme letrero que dice: *Los miserables a cincuenta centésimos*. Alguien le objeta: —Don Claudio, faltan comillas. Y él dice: —Y no sobra vergüenza...

En plena dictadura, en 1943, alguien llega a la librería y casi como en secreto, le pide a don Claudio, "un libro verde..." Cachazudamente, don Claudio toma un ejemplar de la flamante Constitución Nacional que luce una modesta tapa de color verde, y le dice al asombrado cliente: "Tome usted. No vale nada. Se la regalo".

Cierta mañana charlaba yo con don Claudio en la librería. Entra una señora de modesto talante y le pregunta: "¿Tiene el libro *¿Quieres escribir sin faltas?*, poco usado?" Don Claudio camina hacia un anaquel, retira un libro, lo hojea y se lo entrega a la señora; ésta pregunta: "¿Cuánto vale?" Don Claudio, con mucha parsimonia, retoma el libro, vuelve a mirarlo y lo vuelve a ofrecer a la solicitante, diciéndole: "Un peso. Está casi nuevo". La señora con gesto de evidente sorpresa, exclama: "¿Un peso? Es un robo..." Sin poderse contener, don Claudio le grita indignado: "¿Y si yo le dijera que usted es una gran...?" La dama sale sin volver la cabeza hacia la calle y como yo le reprochase con la mirada a don Claudio tan descabellada salida de tono, me explica, sin inmutarse: "Porque usted se habrá dado cuenta que me llamó ladrón..."

Un escritor interesado en ver en letras de molde su primer libro de malos versos intenta tentar a don Claudio para que le edite la obra y le promete: "Yo le compraré cien ejemplares". Y don Claudio le echa este balde de agua fría: "Pero, ¿y usted cree, por ventura, que se va a vender algún ejemplar más?"

Solía tener, en ocasiones, gestos inauditos en un comerciante de libros viejos. Estaba yo otra vez dialogando con él, cuando llegó hasta el mostrador un adolescente con tres libros bajo el brazo. "¿Cuánto me da por estos?", pregunta el mozalbete. Don Claudio revisa los tres volúmenes y dícele, mientras, guiñándome el ojo, me hace ver los inequívocos sellos de la "Biblioteca Nacional": "Te daría una paliza por sinvergüenza; y hala, hala, que hoy mismo devolveré estos libros a donde los hurtaste". Y así debía ser porque el muchacho tomó las de Villadiego sin inquirir más explicaciones.

Uno de los lectores curiosos que nunca faltan, se acerca a don Claudio y pregunta por obras de un escritor uruguayo que no es del caso nombrar: "¿Tiene algo de Fulano de Tal?" Don Claudio ilustra al interesado de esta manera: "Sí, hombre; un clavo que no me lo saca ni el Papa".

Una tarde un señor ofrece a don Claudio los tomos de una solemne biografía escrita, sin duda, con fines políticos. "No compro eso" —arguye malhumorado don Claudio. El ofertante insiste y aduce razones de oportunidad: "Sa va a vender mucho, porque hay interés en difundirla". Don Claudio soslaya toda explicación y termina: "Sí, sí, es posible; pero, no compraré un solo ejemplar". Amoscado el corredor y ya despidiéndose le dice a don Claudio: "Caramba, don Claudio, que es caprichoso... Como si no tuviera tantos libros idiotas que se venden..." Y don Claudio, solemne como un Júpiter tonante, le suelta esta andanada: "Es verdad, sí señor. Tengo libros para imbéciles y tengo libros escritos por imbéciles; pero libros de imbéciles para imbéciles no quiero tener. ¿Estamos?" El final de la escena no es necesario describirlo...

III

Don Claudio García quiso publicar colecciones pulcras y baratas. Inició así la Biblioteca "Rodó" de obras nacionales. La completó con la Colección "Cultura" de ecléctico contenido. Reeditó textos universitarios agotados. Mantuvo la empresa heroica de editar *La Pluma*, revista de hermosa presentación, que dirigió Alberto Zum Felde.

Editó numerosos volúmenes de autores noveles y de escritores prestigiosos, obras éditas de difícil hallazgo y libros inéditos abiertos a lo incierto de la esperanza. Amontonó títulos de las más diversas modalidades. Tres, sin embargo, fueron los escritores a quienes destinó sus preferencias: Rodó, Acevedo Díaz y Quiroga. Del salteño Quiroga fué, por antonomasia, el Editor. Reunió sus "Obras Completas". Publicó todos los libros agotados, coleccionó todas las páginas dispersas y, cuando le entregué los recortes de los folletines que Horacio Quiroga había escrito para *Caras y Caretas* y para *Fray Mocho* de Buenos Aires, bajo el pseudónimo de S. Fragoso Lima, don Claudio dió a la imprenta los tomos IX y X de los *Cuentos quiroguianos*, salvando del olvido las narraciones de desigual mérito del autor de *Anaconda*, tituladas *El remate del Imperio Romano, Una cacería humana en Africa; El mono que asesinaba, El devorador de hombres, El hombre artificial* y *Las fieras cómplices*.

Toda esta copiosa labor editorial, empresa heroica y silenciosa, la fué cumpliendo don Claudio por tozudez de su origen galaico, sabiendo que el resultado material iba a ser casi nulo. En lugar del apoyo unánime se encontró, muchas veces, la crítica malevolente o la indiferencia. Y así, de tanto tentar en vano la acogida de quienes tenían la obligación de secundar y de alentar su labor, al fin y al cabo, patriótica, fué dilatando la aparición de los volúmenes luego de haber editado centenares de tomos de la más diversa índole. Esta labor editorial, desprovista de todo apoyo oficial, no tiene parangón en la historia de la bibliografía nacional.

Don Claudio García fué así el editor indispensable. Libro que se solicitaba, él procuraba ponerlo en circulación. Cómo se las ingeniaba es por ahora misterio que algún día podría ser revelado. En una oportunidad, sin confesarse pecador, desde luego, acotó un ensayo de Ortega y Gasset sobre la piratería editorial, con este comentario: "Si no fuese por las ediciones clandestinas, algunos autores de fama mundial habrían permanecido inéditos para el público rioplatense". Y no hay que forzar mu-

(*Concluye* en la pág. 335)

La sonrisa del Capitán Black

(En el *Rep. Amer.*)

El Capitán es negro. En cambio, tiene blancas
La sonrisa y la ausencia.
Su barco es también negro. Mas lleva, alegremente,
Un nombre inglés: *White Sea.*
Sus dedos son bejucos de alquitrán. Por la noche
Los crispa la tristeza.
La luna llena, a veces, en la gorra le pone
Huevos de conchaperla.
Al Capitán los puertos le dan muchachas rubias
Que él las devuelve ilesas.
El Capitán no compra sino flores y tordos,
Peonias y diamelas.
Al Capitán los puertos le dan también mulatas
De flexibles caderas.
El Capitán no compra sonrisas de mercado
Ni besos de rameras.
Con vaivén de fragata bamboleante, en los muelles
El Capitán pasea.
Cruza los malecones bajo el sol y se marcha
Con el rostro en tinieblas.
A la hora en que explosiona la tarde en amarantos
El Capitán recuerda...
¡Muchacha de aquel puerto lejano que guardabas
Peonias y diamelas!
Capitán Black, oscuro Capitán que mañana
Se irá con la marea:
Su cabellera de humo, flor de betún, se empina
Como una chimenea.
Esconde, sin embargo, bajo el pecho bravío
Un corazón de estrellas.
Y lleva, sobre el gesto de alquitrán, dibujadas,
Palabras rubias, tersas.
El Capitán es negro. Pero hay miel en su sangre,
Y palomas de brea.
El Capitán es negro. Pero carga en su barco
Ramos de flores nuevas.
El Capitán es negro. Pero su risa es blanca
Como una dalia inmensa.
A la hora en que explosiona la tarde en amarantos
El Capitán recuerda...
¡Muchacha de aquel puerto lejano que guardabas
Peonias y diamelas!
Entonces, él sonríe y se cruza los muelles
Con su recuerdo a cuestas.
Y es un tropel enorme de espumas su sonrisa
Que sobre el mar blanquea.

César ANDRADE y CORDERO.

Cuenca, Ecuador. 1949.

La aliyá de HERZL

Por *Benno WEISER*

(En *Jadla*. New York, N. Y.)

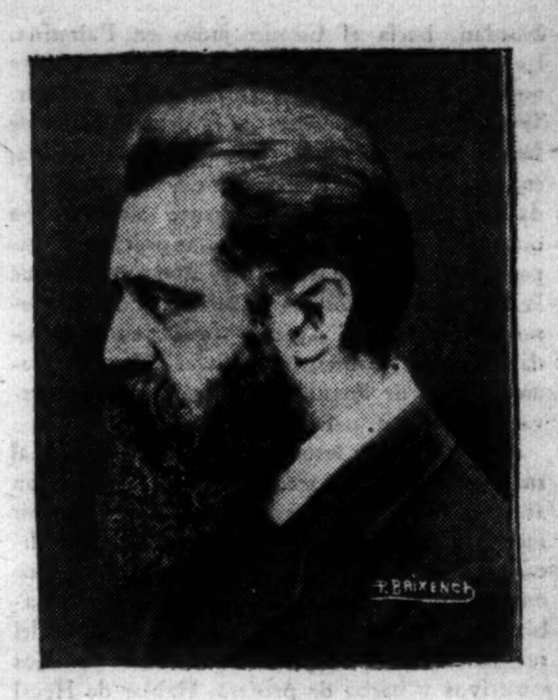
En estos días llegó a Israel un inmigrante que no aumentará las dificultades del Gobierno de alojar a sus nuevos ciudadanos. Vino con casa prefabricada, un ataúd verde. No fué necesario siquierda asignarle una extensión de terreno. La tierra se abrió para recibir al hombre que tanto la había amado. Teodoro Herzl, el visionario del Estado Judío, había llegado a casa.

No me es posible competir con los veteranos del movimiento que al hablar de Herzl o Nordau lo hacen en forma de memorias personales. Cuando nací, Herzl había muerto hacía una década. Pero las grandes personalidades siguen presentes, aunque físicamente hayan desaparecido. Para un joven judío educado en Viena, Herzl parecía omnipresente. Habiendo devorado en tierna edad los tres voluminosos tomos de sus diarios, sentí como si la ciudad estuviera pavimentada con sus recuerdos. A pocas cuadras de mi casa estaba el edificio en que había editado el primer órgano oficial del sionismo, *Die Welt*.

Todavía mucho antes de convertirme en universitario, subí hacia la "Rede und Lesehalle Juedischer Hochschueler", donde se había dirigido a los estudiantes. Cuando, en mis primeros ensayos periodísticos, un artículo mío fué aceptado por el *Neue Freie Presse* y fuí recibido por el director de la sección literaria, me excitó mucho menos que el pensamiento de que se me habían abierto las puertas de uno de los rotativos más prestigiosos del mundo, la asociación de que en aquel sillón y tras aquel escritorio desde el cual me hablaba un hombre cuyo apellido ni siquiera traté de retener, una vez había estado sentado el maestro del *feuilleton*, el arte específicamente vienés de comentar de una manera agradable hasta el tema más desagradable, el Dr. Herzl, que, siempre con la más irreprochable pulcritud, prefirió arriesgar su puesto en una empresa cuyos propietarios eran judíos ultraasimilacionistas, antes que aceptar un centavo del movimiento al que además de su cerebro y corazón había entregado también su no despreciable fortuna. Y ahí estuvo, finalmente, la tumba de Herzl a la que año tras año salíamos en solemne peregrinación. Situada en Doebling, en una de las suaves colinas de los Bosques de Viena, tenía algo inolvidablemente idílico. En el aniversario de su muerte, miles y miles acudían a la cita con los restos del líder. Los viejos y los adultos en grupos, los estudiantes en *couleur* y la juventud en los uniformes de las asociaciones juveniles y en formaciones de marcha. Ante la tumba, estudiantes con la espada erguida y jalutzim hacían, de pie, rígida guarda de honor.

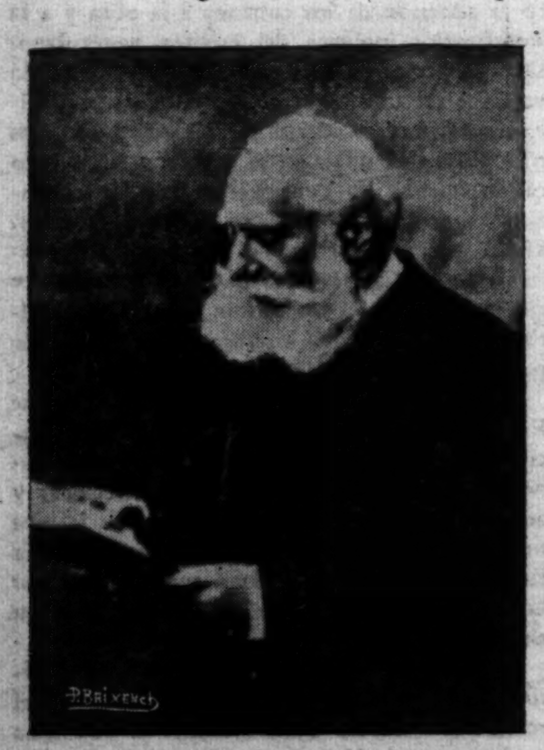
Lejos del cementerio se hallaba la Facultad de Agricultura y frecuentemente tenían lugar choques con el estudiantado nazista que trataba de provocar. Sin embargo, cerca de la tumba, se disipaba ese ambiente de tierra extraña y de odiosa dispersión. Los comandos hebreos de los líderes juveniles, las marchas que entonaban, las formaciones en camino hacia el cementerio y la intensa leyenda herzliana que cada cual sentía, convertía ese trozo de paisaje típicamente vienés en un rincón de "Altneuland", que Herzl no había concebido como un país oriental, sino como Europa, trasplantada al Oriente.

Recuerdo que regresaba muy impresionado y altamente estimulado de estas peregrinaciones. Más tarde, no esperaba la fecha tradicional, sino que entraba, siempre que estaba relativamente cerca, al cementerio, sentándome al borde de la tumba, en silenciosa meditación y mudo diálogo. Cuando la Viena de los valses se convirtió en la de las marchas militares prusianas, la única visita de despedida que hice, fué a la tumba de Herzl. Y me dolía el pensamiento de que se quedaría a merced de Hitler.



Teodoro Herzl

En otras circunstancias, el traslado de los restos de Herzl desde la diáspora hacia Israel, desde un idílico lugar en los Bosques de Viena hacia una no menos romántica altura de Jerusalén, desde la cual se apercibe en el horizonte el Mediterráneo de un lado y el Mar Muerto del otro, se habría prestado a un comentario netamente emotivo. Hasta el año pasado, la figura del líder estaba fuera de toda discusión. Había sido, por última vez, objeto de disputa en los días cuando estaba dispuesto a aceptar Uganda, en Africa, como transición o "Nachtquartier" en la fórmula de



Max Nordau

MANIFIESTO DE LA ORGANIZACION SIONISTA CON MOTIVO DEL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE MAX NORDAU

Jerusalén, julio 24.—(*Jadla*).—El Comité Ejecutivo de la Organización Sionista emitió hoy el siguiente manifiesto con motivo de cumplirse el primer centenario del nacimiento de Max Nordau, una de las figuras más relevantes del movimiento sionista:

El 10 de av de 5709 (5 de agosto de 1949) señalará el centenario del nacimiento de Max Nordau. Este aniversario brinda la oportunidad a todas las secciones del movimiento sionista, para recordar la memoria del gran líder con un sentimiento de gratitud y aprecio.

Max Nordau, el amigo devoto de Teodoro Herzl, y su principal colaborador en el período en que se establecieron los cimientos del movimiento del sionismo político, fué uno de los más grandes pioneros del movimiento sionista en sus etapas iniciales. Cuando aceptó el llamado de Herzl para unirse al movimiento, Nordau era una de las más grandes figuras de la literatura europea. Su adhesión a la bandera sionista y su participación en las conferencias públicas sionistas añadieron prestigio al joven movimiento, a los ojos del mundo judío y no judío.

Debido a sus conmovedores discursos desde la tribuna de los Congresos, la influencia de Nordau en el movimiento sionista y en el judaísmo mundial, fué incluso mayor que la influencia que ejerció sobre el mundo exterior. Sus famosos discursos en los Congresos, en los cuales examinó cada fase del problema judío y analizó profundamente sus raíces, vinculó estrechamente el sionismo a los corazones del público judío en general. Sus discursos revelaron al judaísmo mundial, en los umbrales del siglo XX, una profundidad sin precedentes de pensamiento y de valor político, reminiscencias del espíritu de nuestros profetas de la antigüedad.

Max Nordau, crítico denodado de su tiempo, que había conquistado un nombre entre los grandes escritores de sus días, se convirtió en uno de los modeladores de la moderna era de nuestro pueblo y en uno de los creadores de esa perspectiva sionista, que cimentó el camino para el estado judío.

El pueblo judío, que ahora presencia la realización del sueño de las generaciones, no olvidará el papel desempeñado por este gran hijo de la nación, que iluminó el camino para su nueva vida en la antigua madre patria. Max Nordau ocupará un lugar de honor permanente en la historia del movimiento sionista y del renacimiento de nuestra nación.

Nordau, hacia el Estado judío en Palestina. La disputa terminó su vida y con su muerte terminó la disputa. La autobiografía del Dr. Weizmann, escrita antes de la proclamación de Israel, pero publicada después de la misma, en que el primer presidente de "Altneuland" da su historia del movimiento sionista, ha originado comentarios y hasta polémicas, especialmente en lo que a la interpretación de la influencia de Herzl se refiere. En los momentos cuando la Agencia Judía, en comunidad con el Gobierno de Israel, ha arreglado la *aliyá* de Herzl, cabe hacerse unas observaciones al margen de esta discusión.

La idea del retorno del pueblo judío al suelo de sus antepasados es, por cierto, tan antigua como la dispersión. Antes de escribir Herzl su *Der Judenstaat*, Pinsker había publicado ya su *Autoemancipación* y Hess su *Roma y Jerusalem*. El movimiento jalutziano había cristalizado en el Este europeo antes del surgimiento del majestuoso soñador de ojos sensitivos y barba de profeta. Hablar de Herzl como "fundador del sionismo" puede constituir, pues, una simplificación excesiva. Una de aquellas que a veces resultan imprescindibles para dar a un mundo veloz un cuadro sintético de un movimiento.

Pero consta que al gritar Herzl su "eureka", no sabía de Pinsker, ni de Hess, ni de los "Jovevei Zion". Si hubo plagio, fué involuntario. Un sentimiento sionista existía indudablemente antes. Pero el *movimiento* sionista comenzó con Herzl. Y este conocimiento relega a todo lo anterior a Herzl al papel de precursor. Explicar el efecto del "Estado Judío" como resultado del clima psicológico creado por el proceso de Dreyfus no hace justicia a Herzl. Su éxito consistió en la personalidad de la cual el panfleto no era únicamente un producto fríamente intelectual, sino un pedazo de corazón convertido en literatura. Fué esta extraordinaria unidad de hombre y obra la que hizo surgir a Herzl como líder, símbolo y estadista. Son muchos los líderes sionistas que antes y después de Herzl han logrado entusiasmar a las masas judías y ganar sus admiración por sus dotes retóricas, literarias y políticas. Pero ninguno ha dejado de ser un mortal ante los ojos de los espectadores, líderes, héroes y mártires al igual. Herzl, frecuentemente ingenuo en medio de su genio, y a veces equivocado a pesar de su visión, fué un semidiós idolatrado. Y si tratamos de formarnos un cuadro de él, a través de sus escritos sobre él (falta todavía la biografía definitiva), llegamos a la conclusión de que en él se estrellan las varas con que se miden hombres. ¡Tantas virtudes y ningún vicio! ¡Tan absoluta seriedad, entrega tan completa de todo a la idea! Y no fué vanidoso siquiera. No es que hubiera desdeñado en ciertas ocasiones, las poses. Herzl mismo las describe y relata cómo escogió sus trajes para ciertas visitas. Pero surge de sus diarios un hombre que sabía que ya en vida se había convertido en monumento y que subordinaba su presente a las perspectivas de la posteridad. Ha dejado un legado único e incomparable de pulcritud, entereza y leyenda poética. Y es esta personalidad armónica que lo ha hecho la figura céntrica de una idea, que por lo demás ha contado con hombres quizás más eficientes y seguramente más profundamente arraigados en la vida judía. El efecto de esta personalidad puede ser medido por cada sionista al recapacitar qué figuras del movimiento más lo han atraído. No vacilo en decir que a mí me iluminó la de Herzl en primero, segundo, tercero y décimo lugar. Después vinieron los otros.

Un movimiento nacional de un pueblo que vivía en las condiciones anárquicas del judío, no pudo ser siempre estético. Otros habrán contribuído al sionismo su base fisolófica, su profundida y su perfección organizacional. Pero Herzl y Nordau le dieron el marco de dignidad, poesía sin versos y la sublime belleza que hizo de la utopía un desafío y una permanente fuente de inspiración.

Como por un milagro la tumba de Herzl sobrevivió al nazismo y la guerra sin profanación. El traslado de sus restos ha sido desde hace años un postulado de muchos. Vivió cuarenta y cuatro años en tierra extraña y yació cuarenta y cinco en sus entrañas. ¿Es que no quiso pedir un certificado de inmigración a los ingleses? En todo caso, el *olé* Herzl viene cuando su leyenda ha dejado de ser tal, al Estado que su visión forjó. La tierra de los profetas recibe al último epígono de esa estirpe.

Despedida de GALLEGOS de Cuba

Por *Roberto ESQUENAZI MAYO*

(En el *Rep. Amer.*)

A Cuba llegó Rómulo Gallegos una noche de diciembre. Apesadumbrado, pero enhiesto, con la pena de su patria aherrojada, descendió llanamente del avión quien había sido electo Presidente en las primeras elecciones populares de Venezuela. Y al aeropuerto acudieron a recibirle, para alentarle, para ofrecerle un remanso entre tanta adversidad, muchos cubanos. En La Habana la muchedumbre se agolpó en el Parque Central a testimoniar el apoyo y la simpatía de este pueblo hacia él. Y hablaron Roa y Fernando Ortiz y tantos otros criollos de buena contextura. Allí dijeron que la situación existente en Venezuela era para América, contribución... Se sintió en familia Rómulo Gallegos, y empezó a reorganizar el trabajo literario que los quehaceres de su alto puesto le habían interrumpido. Publicaciones, hombres, entidades, se le brindaron de corazón, y él lo agradeció con modestia de gran hombre. En la toma de posesión de Raúl Roa de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, estaba en el estrado Rómulo Gallegos. Y los intelectuales, los amanuenses, el pueblo que presenciaba el acto, ovacionó al Presidente de modo tal, que las lágrimas le asomaron...

Pero aconteció que el gobierno de Cuba aceptó a la Junta Militar de Venezuela. De la gente criolla que había recibido amor y calor Rómulo Gallegos, nada tenía que decir; aquel reconocimiento —que el Presidente de Venezuela conoció por los periódicos y nunca por vía oficial o semi-oficial— le hacía imposible permanecer acá. Entonces, para mostrarle la solidaridad que nunca dejaron de sentir aquellos ajenos al Gobierno cubano, los escritores, admiradores y amigos le ofrecieron una comida de despedida antes de partir para la buena tierra azteca.

Fué en el Centro Vasco el homenaje. Cuarenta, sesenta personas rodearon a Rómulo Gallegos en su adiós, del mismo modo que habíanle abrazado cuando arribó a Cuba. La noche era calurosa. La brisa del Malecón habanero, gentil y acariciadora, brindaba cierto descanso al sudor... ¿Relacionar los que asistieron...? ¡Interminable! Roa, David, Novas Calvo, Lazos, Entralgo, Tallet, Riaño, Wangumert, Pogoloti, Sánchez Roca, Delgado, Ichazo, Ferrater Mora y más y muchos más vinieron a decirle que la actitud oficial de Cuba no era el sentimiento del pueblo; que los que le respetaban y querían como escritor y como hombre de Estado, no iban a cambiar de parecer por simple disposición de un decreto. "El caso de Venezuela es el caso de América", escribí en una ocasión. Y allí, en la noche del 28 de julio, venían a decirle los intelectuales cubanos que así lo sentían y que sus palabras, su vida, su acción, eran el espíritu de todo el continente.

Roa se levantó para iniciar el homenaje. Deploró la ausencia de Fernando Ortiz, retenido por orden facultativa, quien con plena autoridad, debiera de ofrecer el acto a Gallegos. Ponderó con modo vivaz la significación de la estancia en Cuba del Presidente y reiteró la adhesión de los cubanos a la obra y a la significación política del escritor venezolano. Dijo Roa que en Gallegos la juventud criolla tenía el erguido ejemplo de entereza y dedicación firmes a ideales y a principios. Los ojos del ex-mandatario se turbaron. De modo cálido miró a los concurrentes y a la compañera de toda su vida. Suscintamente Roa advirtió que a despecho de las acciones oficiales tenía en Cuba Rómulo Gallegos amigos y simpatizadores. Y los asistentes, aun en el último sorbo de café, interrumpieron el tomar para aplaudir sus severas palabras.

Después, Wangumert leyó la carta que Fernando Ortiz había enviado. Fué una sencilla, magnífica adhesión al ilustre venezolano. "Se van apagando las luces", escribió; y advirtió que aún quedaba esperanza, la que no había que perder del todo. Las de Ortiz fueron palabras adoloridas, acongojadas por la partida del amigo, pero comprensivas de su situación y alentadoras...

Se levantó Rómulo Gallegos; pocos advirtieron el temblor de sus manos. Contraído el rostro, acuosos los ojos, vibrante la voz tersa y clara, agradeció todo lo que de él y de su gobierno se había dicho. Trémulo se refirió a Ortiz, como "la figura más alta de la inte-

lectualidad cubana", y cariñoso dijo que había encontrado en Cuba "tranquilidad en la adversidad". Recio, llano, exacto, manifestó que de la Isla se llevaba recuerdos inolvidables y que iba a México con el sentimiento de dejar atrás amigos de siempre. "No quiero despedirme de Cuba", aseveró Gallegos. "No puedo despedirme de Cuba"... Era larga la lista de los que aquí y en otras tierras le habían alentado en su destierro: Iduarte, Arciniegas, Reyes...

Y cuando la mano trémula se elevó al frente de su tez soleada para reafirmar la fe en América, los asistentes, todos de pie, ovacionaron al que con mansedumbre y paz levantaba los brazos, agradeciendo...

Y allí quedaron hasta bien tarde, para charlar un poco más con Rómulo Gallegos.

Fuga elegíaca

(En el *Rep. Amer.*)

(Ante un antiguo retrato de mi madre, muerta tempranamente).

¿Desde qué sepultados paredones de olvido,
bajo la mansa lluvia, su recuerdo me viene?
De muertas galanías, el pecho revestido,
en una paz antigua ¿qué paloma sostiene?

¿Qué paloma sostiene su mano abandonada,
en inmóvil retrato de brumoso dintorno?
¡Quién fijara su dulce cabeza reclinada,
o en desvaído espejo la luz de sus retorno!

La luz de su retorno, cascada de ternura,
de cuán remota infancia, por el cielo, me llega;
y allí donde la muerte ventanales clausura,
en trasmigrada imagen, novilunios congrega.

Novilunios congrega y oropéndolas nacen.
¿De qué arrasada noche, entre sueños, persigo
el fenecido rostro, la humedad donde yacen,
como rubia bandera, sus cabellos de trigo?

Sus cabellos de trigo descendiendo la espalda,
de aladares partían por angélica frente;
y cuando reclinaba mi cabeza, en su falda,
eran blancos los ojos y la mirada ausente.

Y la mirada ausente. ¡Cómo sus ojos blancos,
bajo la mansa lluvia revienen del recuerdo!
¿En qué patio quedaron, inmóviles, mis zancos,
el caballo de palo, la luz en que me pierdo?

La luz en que me pierdo, en una tarde antigua
de extinto calendario. ¿Era Otoño o Verano?
No lo sé. Pero siento que mi pena amortigua,
bajo la mansa lluvia, la señal de su mano.

La señal de su mano, como alondra del cielo,
de vencidos tramontos, llega hasta mí, volando,
revive su lejano candor de terciopelo,
en una tarde antigua, no sé dónde, ni cuándo.

No sé dónde, ni cuándo y sí de la longura,
de aquel negro ataúd tan cerrado, guardando
su extendida belleza, como en una armadura.
Es tan larga la pena que he venido callando,

Que he venido callando desde remota infancia,
que llega a flor de labio, convertida en canción;
bajo esta mansa lluvia, de antigua resonancia,
sólo escucharla puede, mi propio corazón.

Manuel de CASTRO.

Montevideo. Agosto 1949.

La clepsidra andando...

(En el *Rep. Amer.*)

Para *Luis Dobles Segreda*, pensador.

Este pensamiento de la vida, canta,
cual si fuera un salmo lleno de armonía.
¡David de las arpas! ¡Madre mía, santa!
¡Bendito este día!

Frente de la aurora yo dije mi canto
diáfano y divino, todo melodía;
mas llega la tarde, tinte de amaranto,
¿verdad, Madre mía?

¿Qué es el tiempo andando viendo los paisajes
de los altos sueños de la vida humana?
Círculo que gira los kilometrajes
desde la mañana.

En los ignorados cielos infinitos,
donde van pasando las constelaciones,
reduciendo al hombre cargado de mitos
por sus convicciones.

¿Oyes, Alma mía, música divina
del Gran Makrocosmos?
En el bosque umbrío el pájaro trina
celestes acentos de los vastos cosmos.

¿Hacia dónde vamos sobre los espacios
de los sempiternos círculos de Dios?
Lejos de nosotros brillan los topacios.
¿Quién ruega por nos?

Lámpara votiva de los altos cielos,
luz que llena el mundo con su claridad,
irradia en la noche de mis desconsuelos,
dame la Verdad.

Para que el Gran Día se haga en mi conciencia
este *Diez de Octubre del 47.*
Maceré mis carnes por la penitencia
y acorté la meta.

¡Oh, qué trayectoria! ¡Oh sacra jornada!
Cumbre de los años, ¿qué fué del ayer?
Se oye la clepsidra como una cascada
de mi atardecer.

Y en el tiempo andando, frente a la muralla
fría de la muerte, regulando el paso
me ríe Anacreonte que el Amor explaya
con luz del ocaso.

Armando OCON MURILLO.

Managua, D. N., Nic., 1947.

(*Viene de la pág.* 331)

cho los argumentos para declarar que tenía una parte de razón. Gabriela Mistral y Rómulo Gallegos, para mencionar solamente dos autores hispanoamericanos, llegaron al público rioplatense por la torcida vía de la clandestinidad.

Con don Claudio García desaparece acaso el último editor del período romántico de nuestras empresas editoriales. Bajo su apariencia malhumorada y su crítica inmisericorde, alentaba un alma infantil, llena de bondad y de ternura. Muy de cuando en cuando, me detenía a hablar con él. En el diálogo amistoso se advertía lo certero de sus juicios sobre hombres, libros y acontecimientos. Su mordacidad no tenía piedad para insensatez, ni para la presuntuosidad. Cuando opinaba sobre algún libro, no admitía réplica. Viejo ya, y no vencido aún por la enfermedad, mostraba con su sonrisa campechana, un espíritu ágil que, sin quererlo, ni proponérselo, revelaba una amplia cultura. Murió en este mismo día en que comienza a celebrarse el Centenario de la Universidad Mayor de la República. Don Claudio comenzó su vida de librero vendiendo textos en los umbrales de la vieja Universidad. Rara coincidencia la de la muerte de este hombre bueno, en el mismo instante en que se festejan jubilosamente los primeros cien años de la casa matriz de nuestra cultura universitaria.

Montevideo, 18 de julio de 1949.

REPERTORIO AMERICANO

EDITOR
Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.



Sarmiento

(Por *Valdivia*).

ANTOLOGIA DE SARMIENTO

(En el *Rep. Amer.*)

Sarmiento a través de sus mejores páginas. Andrés Iduarte. The Dryden Press, Publishers, New York, 1949. 219 pp.

Yo vi nacer este libro. Hay en el décimo piso de los estantes de la Biblioteca Butler de la Universidad de Columbia una sección dedicada a Hispanoamérica donde están los cincuenta y dos volúmenes de las Obras Completas de Sarmiento. Allí urgaba el profesor Iduarte las mejores páginas del escritor argentino para incluirlas en su antología. Porque a pesar de la afirmación que hace en la Introducción: "es el propósito de este libro familiarizar a los estudiantes norteamericanos con la vida y hechos de don Domingo Faustino Sarmiento", sus selecciones favorecerán no sólo al de habla inglesa, sino también al lector hispanoamericano, quien gozará de una buena edición de autor tan difícil —ortográficamente— como Sarmiento.

En la Introducción el profesor Iduarte esboza los rasgos principales del autor; y dice bien cuando afirma que Sarmiento es una "lección de energía e integridad personal". Nos cuenta el profesor Iduarte de las primeras vicisitudes de Sarmiento, de sus años de exilio, de su aprendizaje con la ruda realidad, de sus viajes por Europa, de su amistad con Horace Mann, de sus actividades como educador y como estadista. Aquí se detiene un tanto Iduarte para deslindarnos los objetivos políticos de Sarmiento. Uno, combatir el caudillismo y la dictadura; otro, allegar la unidad argentina. Resalta la posición inquebrantable de Sarmiento en su combate incesante contra Rosas y de su cooperación con Mitre "para construir con él las bases duraderas de la reconciliación argentina".

De su desarrollo como escritor nos dice también la Introducción. Desde sus tempranas colaboraciones en *El Mercurio* de Chile, hasta la publicación de *Facundo*, "sigue un continuo patrón". Sarmiento fué prolífero en su producción, que oscila entre temas de viajes —"los más atractivos y valiosos desde el punto de vista literario"— y sus libros de política militante, que han sido los que más escozor e inquietud produjeron en Hispanoamérica, sin dejar fuera sus trabajos como pensador político y sociólogo, aunque de importancia, no tan interesantes porque Sarmiento no fué "un pensador sistemático, un expositor académico de teorías". El era, más que nada, "un vivificador".

A despecho del uso libre de galicismos que hizo Sarmiento, hay en él una pureza clásica en el lenguaje que le viene de su San Juan. Así lo destaca Iduarte. "Atrevido en la expresión, el vehículo de un revolucionario en literatura y en política, que era renovador por convicción, su prosa tiene un sabor peculiar propio".

Y ya el profesor Iduarte nos habla de la admiración que Sarmiento tuvo por el pueblo norteamericano, el mismo pueblo que comprendió y estimó Martí, sin dejar de advertir la presencia de elementos que —como dijera Cordell Hull en Montevideo— lo mismo castigaban a los del Norte como a los del Sur. La lúcida diferenciación entre los creadores y constructores de Norte y Sur América y los que, por interés propio, la menoscaban, fué labor de Martí y de Sarmiento y ha de ser faena de quien en verdad quiera lo bueno hispanoamericano y lo bueno norteamericano. "Quiero a la patria de Lincoln", escribió Martí, pero detestó la de sus explotadores. Así sintió Sarmiento y hemos de hacerlo todos, porque ¿qué diferencia puede haber entre Rosas y Polk, entre Benavides del Perú y la peor de las medidas asumidas por los Estados Unidos? Es cosa que hay que diferenciar y sentir. Ser norteamericano no es ser malo por sí, ni ser hispanoamericano es ser limpio y abnegado. Hay en ambos variaciones que corresponden a sus calidades de hombres. Y esto lo vemos y lo sentimos ahora y en la historia, tal como Sarmiento, Martí o Merchán.

La Bibliografía de Sarmiento hecha por Iduarte, comprende todos los aspectos y etapas del argentino. La divide así: Infancia y adolescencia en San Juan (1811-1831). Primer exilio en Chile (1831-1836), Vida Pública en la Provincia de San Juan (1836-1846), Segundo exilio en Chile (1840-1851) que subdividió en tres etapas: primera: En Chile (1840-1845); segunda: Viajando en Misión chilena (1845-1848); tercera: Otra vez en Chile (1848-1851); Campaña contra la Dictadura (1851-1852); Tercer exilio en Chile (1852-1855); Vida pública en Buenos Aires y en la nación (1855-1864); Misión diplomática (1864-1868); Presidente de la República Argentina (1868-1874); Después de la presidencia (1875-1888).

El *Epílogo* pone en circulación unos de los párrafos más tersos, más reveladores y menos conocidos de Sarmiento, donde dice, resumiendo su vida: "Nacido en la pobreza, criado en la lucha por la existencia, más que mía de mi patria, endurecido a todas las fatigas, acometiendo todo lo que creí bueno, y coronando la perseverancia con el éxito, he recorrido todo lo que hay de civilizado en la tierra y toda la escala de los honores humanos, en la modesta proporción de mi país y de mi tiempo... y sin fortuna, que nunca codicié, porque era bagaje pesado para la incesante pugna, espero una buena muerte corporal..." Aquí está Sarmiento, aquí está el zumo de lo que sufrió y de lo qûe aspiró.

Reitero: para el estudiante norteamericano que no haya leído de Sarmiento, ésta es buena selección para conocerlo bien, y para el hispanoamericano que sepa del argentino, en estas páginas se abrevará —sin dificultades— para percibirlo en las múltiples etapas de su vida.

Roberto ESQUENAZI MAYO.

Columbia University.
New York.